

SVEUČILIŠTE U ZAGREBU
FILOZOFSKI FAKULTET
ODSJEK ZA ROMANISTIKU

MARTA TOMIĆ

**ČILEANSKI NACIONALNI IDENTITET I MODERNO
DRUŠTVO U SUVREMENOJ ČILEANSKOJ
ESEJISTICI**

Diplomski rad

Zagreb, 16. srpnja 2015.

Sveučilište u Zagrebu
Filozofski fakultet
Odsjek za romanistiku

Čileanski nacionalni identitet i moderno društvo u suvremenoj čileanskoj eseistici

Studentica: Marta Tomić

Mentorica: dr. sc. Mirjana Polić-Bobić, red. prof.

Zagreb, 16. srpnja 2015.

Universidad de Zagreb
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Departamento de Estudios Románicos

Identidad nacional y modernidad en Chile a través de la ensayística chilena contemporánea

Estudiante: Marta Tomić

Tutora: Dr. Sc. Mirjana Polić-Bobić, Prof. Titular

Zagreb, 16 de julio de 2015

Sažetak:

Cilj ovog rada je, kroz analizu najvažnijih djela čileanske esejistike XX. stoljeća, opisati složen odnos između nacionalnog identiteta i oblika modernog društva u Čileu. Za razliku od pitanja nacionalnog identiteta koji ima dugu tradiciju u čileanskoj eseistici, tema modernog društva, dobiva poseban značaj početkom XX. stoljeća. Promjene vidljive na društvenom planu (slabljenje oligarhije i rastući politički i društveni značaj srednje klase), kao i na onom političkom (uspostava predsjedničkog ustroja vlasti), naglašene i dramatičnim zbivanjima u Europi i svijetu, osnažile su interes za utvrđivanje dosega i promašaja čileanskog puta prema uspostavi naprednog društva. Sveobuhvatna kriza predstavlja okosnicu eseja autora iz tzv. *Generación del Centenario* kao i onih iz druge polovice XX. stoljeća. Unatoč uvriježenoj slici Čilea kao zemlje koja se na temelju ekonomske i političke superiornosti predstavljala kao uspješan primjer ostalim zemljama Južne Amerike, ovi esejisti opisuju stvarnost zemlje koja se još uvijek bori s velikim društvenim razlikama, kao i s elitističkom i isključivom naravi vodeće garniture, osnovnim preprekama k uspostavi modernog društva.

Ključne riječi: Čile, nacionalni identitet, moderno društvo, esej.

Resumen:

El objetivo de la tesis es reflexionar sobre la problemática relación entre la identidad nacional chilena y el proyecto de la modernidad a través del análisis de las obras más representativas del corpus ensayístico chileno del siglo XX. A diferencia de la temática identitaria nacional que tuvo una larga tradición en la ensayística chilena, el tema de la modernidad ha adquirido desde principios del siglo XX una especial relevancia. Los cambios en el plano social (el progresivo reemplazo de la antigua oligarquía por sectores de clase media) y político chileno (la aceptación del sistema presidencial y de leyes que incorporan a los nuevos sujetos sociales), acentuados por los dramáticos acontecimientos producidos en Europa y el mundo, han generado un particular interés por considerar los alcances, así como las fallas y las lagunas de la experiencia chilena con la modernidad. La crisis integral persiste como el *leitmotiv* en los ensayos de los autores pertenecientes a la Generación del Centenario y los de la segunda mitad del siglo XX. Pese a la imagen triunfalista de Chile, que por su superioridad política y económica ha constituido un país-modelo, los ensayistas describen la realidad del país que aún luchaba contra los principales obstáculos a la modernidad en Chile, las grandes diferencias sociales y el sesgo extremadamente elitista y excluyente de la clase dirigente.

Palabras claves: Chile, identidad nacional, modernidad, ensayo.

Índice:

1. El concepto de identidad nacional.....	4
1.1. Hacia una definición del concepto de identidad nacional.....	4
1.2. Problemática de la construcción identitaria en América Latina y Chile.....	6
2. La modernidad en Latinoamérica – ¿En conflicto con la identidad nacional o parte del proceso de su construcción?.....	9
3. El ensayo chileno contemporáneo.....	13
3.1. La Generación del Centenario – la matriz intelectual para los ensayistas chilenos de la segunda mitad del siglo XX.....	13
3.2. El panorama ensayístico chileno de la segunda mitad del siglo XX: identidad y crisis.....	18
3.2.1. Chile en los ensayos de Benjamín Subercaseaux - dos incógnitas: posición geográfica y pasado indígena.....	18
3.2.2. Horacio Serrano y Hernán Díaz Arrieta “Alone” – ideario político de Diego Portales como la solución para la crisis.....	24
3.2.3. La visión antipopular de Luis Oyarzún y Raúl Silva Castro.....	29
3.2.4. Hernán Godoy Urzúa – la tensión dialéctica entre la “voluntad de ser” y “aspiración al orden”.....	35
3.2.5. Chile como “mito” en los ensayos de Ariel Peralta y Jaime Valdivieso.....	36
3.2.6. Solución a la “crisis integral” de Jorge Ahumada.....	41
4. Conclusión.....	44
5. Bibliografía.....	47

1. El concepto de identidad nacional

1.1. Hacia una definición del concepto de identidad nacional

Definir el concepto de identidad nacional constituye una tarea desafiante e inagotable que abre un abanico de interpretaciones posibles. Se trata de un concepto abstracto que se construye de manera continua y nunca definitiva entre un conjunto de individuos que comparten el mismo sentimiento de pertenencia a una determinada nación. Encarna valores comunes con los cuales se identifican los miembros de la nación y a la cual, por consecuencia, otorgan cohesión y unicidad: la lengua, la religión, la cultura y la historia nacional, el espacio geográfico donde se desenvuelven formas económicas particulares.¹

Lejos de la interpretación predominante del pensamiento conservador que tiende a concebir la identidad nacional como un hecho constituido y fijo, viendo en ésta la esencia del ser nacional, lo cierto es que la identidad nacional se manifiesta en una pluralidad de discursos que evolucionan en el transcurso de la historia.² Por lo tanto, sería erróneo concebir las identidades nacionales como una herencia inmutable, compartida por todos los connacionales, puesto que una nación no tiene rasgos psicológicos estables propios de una personalidad o de un tipo de carácter ya formado e incambiable. Así, resulta más apropiado afirmar que la identidad nacional representa un concepto más bien reducido, puesto que incluye aquellos valores, modos de vida, visiones del mundo, inclinaciones, formas de diversión y actitudes que, en un determinado momento histórico, se consideran representativos de la nación. Si se asume, entonces, la tesis de que la identidad nacional está sujeta al constante proceso de construcción y reconstrucción, y que el cambio es una de sus características esenciales, queda claro que la identidad nacional no sólo mira al pasado remoto en el que se sentaron sus bases, sino que también está dirigida al futuro.³ De esta forma, queda abierto el camino a la

¹ Nos basamos en la teoría del reconocido estudioso del nacionalismo Benedict Anderson (1936-). En su obra más notable *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1983), Anderson afirma que la nación constituye una construcción social, vale decir una comunidad constituida por agentes que se consideran miembros del mismo grupo que los integra. Cfr. Benedict Anderson: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 17-25.

² Uno de los estudiosos chilenos más destacados del área de las identidades nacionales es Jorge Larraín (1942-), decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Padre Alberto Hurtado de Chile. En su extensa producción ensayística y literaria, Larraín se ha referido en reiteradas ocasiones al tema de la identidad nacional latinoamericana y chilena, así como a los conceptos a éstas asociados.

³ El filósofo y sociólogo alemán Jürgen Habermas concibe la identidad nacional como una proyección hacia el futuro: «La identidad no es algo ya dado, sino también, y simultáneamente, nuestro propio proyecto». Jürgen Habermas, «The Limits of Neo-Historicism», Interview with J. M. Ferry. En: Jürgen Habermas *Autonomy and*

aparición de cuantiosas y variadas propuestas acerca de la identidad que se disputan en el terreno con el fin de ganar el apoyo de la gente. Al mando de esta constante disputa por imponer un determinado concepto de identidad nacional se encuentran las clases dominantes de cada país, que, siendo conscientes del hecho de que identificar la esencia de lo nacional con su propio perfil ideológico es aquello que los garantiza alcanzar un mayor poder político. Se hace comprensivo, entonces, el esfuerzo que la élite directora de cada país ponga en promover una imagen subjetiva que consiste en la exaltación y mitificación de lo que, para unos, representa la parte más exclusiva de la historia y cultura nacionales, para otros, implica el rechazo o el menosprecio de aquellos aspectos que no coinciden con sus propias aspiraciones de poder.

De ahí que sea posible constatar que la identidad nacional representa un fenómeno activo, que se construye a partir de un conflicto o una tensión, basándose en una lucha ideológica que permite a los vencedores imponer aquella idea nacional que ellos mismos han elaborado y manipulado a conciencia. Esta es la razón por la cual el hispanista Jesús Pérez Magallón considera la identidad nacional «como una construcción maleable y resbaldiza, provisional y heterogénea, que depende, por encima de todo, de la posición y el contexto de quien habla», debido a que cada ideología «impone la supresión o represión de todo lo que no cuadra con ella».⁴

A pesar de esta afirmación de Pérez Magallón que pone de relieve la heterogeneidad y las diversas acepciones que pueden ser atribuidas al concepto de identidad nacional, en determinados momentos históricos es posible identificar rasgos constitutivos de la identidad nacional que destacan por su mayor presencia o gravitación en el largo plazo. Son rasgos que emergen en las etapas históricas decisivas para el destino del país y de la nación, mostrándose particularmente estables y resistentes. Por esta razón, al estudiar la identidad de una nación, es necesario centrarse precisamente en estas características y tratar de explicar su origen histórico y las causas de su permanencia a lo largo de la historia, sin pretender transformarlas en esencias intocables e inalterables.

Solidarity, London, Verso, 1992, p. 243; citado por Jorge Larraín, «Identidad chilena y el bicentenario», *Estudios públicos*, Centro de Estudios Públicos, n. 120, primavera 2010, p. 5.

⁴ José Pérez Magallón: «Hacia la construcción de Calderón como icono de la "identidad nacional"», En: Enrique García Santo-Tomás (coord.) *El teatro del Siglo de Oro ante los espacios de la crítica*, Iberoamericana - Verlagsgesellschaft, 2002, p. 279, citado por Marta Manrique Gómez: *Recepción político-literaria de Calderón: de la querrela calderoniana a Menéndez Pelayo y sus discípulos*, Montreal, Department of Hispanic Studies, McGill University, 2009, p. 12.

1.2. Problemática de la construcción identitaria en América Latina y Chile

En la historia del pensamiento latinoamericano el tema de la identidad nacional ha ocupado un lugar privilegiado, despertando interés y generando polémica. Quizás pueda parecer inadecuado afirmar que existe una identidad capaz de englobar un continente tan amplio como América Latina, que, recorrido de norte a sur, muestra una extraordinaria variedad geográfica, climática, cultural y natural. Pero pese a su heterogeneidad, es posible evidenciar un conjunto de características comunes que comprueban la efectiva existencia de la identidad latinoamericana. El primer factor homogeneizador es el origen precolombino de las actuales naciones latinoamericanas. Como segundo, figura la herencia colonial que consistió en tres siglos de la dominación hispano-lusitana y que tuvo por consecuencia la imposición del catolicismo y la propagación de la lengua española y portuguesa, así como el mestizaje racial y el sincretismo cultural y religioso. Finalmente, el proceso de Independencia, llevado a cabo de manera paralela y con modalidades análogas en la mayoría de los países, volvió a unir en el siglo XIX los destinos de las naciones latinoamericanas.

Muchos fueron los escritores e intelectuales latinoamericanos que dedicaron extensas líneas a la problemática de la identidad nacional. En la obra de la mayoría de ellos, la pregunta por la identidad nacional surgió de la misma experiencia de incertidumbre: la identidad nacional era un concepto desconocido que aún se encontraba en el proceso de construcción. El punto de partida fue el descubrimiento de América (1492) cuando empezó el largo proceso del mestizaje racial y cultural que consistió en la fusión del componente europeo o español y americano o indígena del cual finalmente resultaría el ser latinoamericano. El hecho de que el mestizaje, desde sus orígenes, se basara en el conflicto, generó la incertidumbre, pues implicaba la supremacía española y la opresión de los pueblos originarios. Por esta razón, los pueblos autóctonos, tachados como distintos y extraños, desde el principio estuvieron condenados a la marginación social y cultural. El encubrimiento del “otro” indígena por su supuesta condición de inferioridad dio origen al desarraigo de las naciones latinoamericanas de su propia identidad. Por consecuencia, los pueblos latinoamericanos se sentían crucificados ante la disyuntiva: «¿Somos indios? o ¿somos españoles?, ¿Somos americanos? o ¿somos europeos?».⁵ Paradójicamente, esta disyuntiva no desapareció, sino que hasta se acrecentó

⁵ Se trata de la disyuntiva que planteó Simón Bolívar en el *Discurso de Angostura*: «Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo; no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos

después de la emancipación del dominio español y la instauración de los estados independientes americanos en el siglo XIX. Queriendo liberarse del dominio que les fue impuesto, negando no sólo el pasado indígena, sino también la herencia colonial española, sin haber previamente definido la esencia de su propia identidad, los dirigentes de las naciones latinoamericanas se dedicaban a implantar en las nuevas repúblicas modelos de gobierno extranjeros (en primer lugar europeos y norteamericanos), que no correspondían a la verdadera realidad latinoamericana.⁶ Al hacerlo, no conseguían otra cosa que agudizar aún más la disyuntiva mencionada, ya que una original contrapartida al viejo orden colonial seguía siendo inalcanzable. Aunque derrocado el sistema monárquico, el panorama político de los países latinoamericanos equivalía, en realidad, al del establecido durante la Colonia: de nuevo se implantaron los gobiernos absolutistas y los nuevos dirigentes eran herederos del antiguo orden colonial. Asimismo, la estructura social de los nuevos países era profundamente estratificada, pues las clases superiores oprimían a las que les estaban sometidas. Se estaba difundiendo, así, un clima hostil que contribuía a la confusión identitaria, creando serios complejos de inferioridad y superioridad social.

De este modo, desde la conquista y a lo largo de trescientos años de la vida colonial y dos siglos de la vida republicana, la pregunta por la identidad no ha cesado. La identidad nacional ha resultado casi siempre un concepto oculto y desconocido, o por lo menos, ha costituido un concepto al que ha sido posible definir sólo en términos negativos. La alteridad representada en los españoles e indígenas, al mismo tiempo impedía y posibilitaba definir la identidad, puesto que con referencia a ellos los latinoamericanos sabían lo que *no eran*, pero no podían definir lo que *eran*. La toma de conciencia de este hecho es lo que ha venido generando la preocupación después de la Independencia, para transformarse en el siglo XX en el afán de

en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado». Edwin Cruz Rodríguez: «Pensamiento de Simón Bolívar y Domingo Faustino Sarmiento», *Investigium Ire: Ciencias Sociales y Humanas*, Institución Universitaria CESMAG, n. 1, noviembre de 2013, p. 118.

⁶ José Martí denuncia los modelos y las modas extranjeras: «Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco Parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España [...]. Entiendan que se imita demasiado y que la salvación está en *crear*». José Martí: *Nuestra América*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2005, pp. 36-37.

En el *Manifiesto de Montecristi* Martí reitera que muchos de los trastornos en la fundación de las Repúblicas de América, vienen del error de tratar de ajustarse a moldes extranjeros: «Hay que leer para aplicar, pero no para copiar. No importa que andemos al principio a tropezones. No hay que renegar de nuestra creación, ni avergonzarse de que ella pueda llevar delantal indio. El vino de plátano y si sale agrio ¡es nuestro vino!» Casi idéntica es la opinión de Rubén Darío al referirse a las costumbres y el estilo de vida en Santiago de Chile: «Santiago toma el té como Londres, y la cerveza como Berlín. Santiago gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca a París. El mejor sastre es Pinaud y su *bon marché* la Casa Prá». Miguel Rojas Mix: «La cultura hispanoamericana del siglo XIX» En: Luis Íñigo Madrigal (coord.): *Historia de la literatura hispanoamericana II, Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 55-57.

encontrar una identidad que no tuviera que ser avalada por nada externo a ella y que fuera la auténtica expresión de lo propio e inherente al ser latinoamericano.

La nación chilena se formó a partir del cruce de los conquistadores españoles y los pueblos indígenas, en primer lugar pertenecientes a la etnia mapuche (araucana),⁷ asentada en el territorio comprendido entre el río Choapa y la isla Chiloé. El verdadero perfil de la nación llegó a concretarse apenas a partir de la segunda mitad del siglo XIX con la migración de los pueblos europeos: los alemanes traídos a colonizar el sur del país a mediados del siglo, los importantes contingentes de italianos, ingleses y franceses, las comunidades de croatas y árabes llegados en las primeras décadas del siglo XX, además de un gran número de españoles exiliados de la Guerra Civil (1936-1939) en la madre patria.

La primera impresión que se tiene al mirar a Chile en el mapa geográfico es su ubicación marginal respecto al mundo desarrollado y los principales centros de la cultura avanzada. Ya el poeta español Alonso de Ercilla y Zúñiga en el célebre poema épico *La Araucana* del siglo XVI, al narrar la conquista española de las tierras araucanas dentro del territorio que hoy ocupa Chile, se refería a las tierras chilenas como a una región “donde otro no ha llegado”,⁸ mientras que el historiador chileno Jaime Eyzaguirre (1908-1968) recurría al sintagma “antípoda del mundo”.⁹ Bastante peculiar resulta también la forma o configuración del país: encerrado entre el Océano Pacífico, la cordillera de los Andes, el Desierto de Atacama al norte y los glaciares de la Patagonia al sur, durante toda su historia Chile ha vivido aislado del resto del mundo.

Aparte de la lejanía y el aislamiento del país, ha sido también la pobreza que influyó en el carácter de los chilenos. De hecho, durante la época de la Colonia, Chile fue una de las sociedades más pobres de América Latina.¹⁰ No producía gran cantidad de metales preciosos,

⁷ Hasta mediados del siglo XX prevalecía la distinción de tres etnias. Entre el Choapa y el Itata se ubicaba a los *picunche* o gente del norte, que según algunas teorías se habían mezclado con changos y chibichacas; entre el Choapa y Chiloé se ubicaban los *mapuche*, a los cuales los españoles admiraron por su belicosidad y llamaron *araucanos*; entre el Toltén y el golfo de Reloncaví se ubicaban los *huilliche* o gente del sur, los que parecían más pacíficos que los araucanos. Cfr. Gustavo Canihuante Toro: *Historia viva de Chile*, Santiago, Pehuén Editores, 1999, p. 37.

⁸ Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 942.

⁹ Citado por Cristián Gazmuri: *Historia de Chile 1891-1994, Política, economía, sociedad, cultura, vida privada, episodios*, Santiago, RIL editores, 2012, p. 24.

¹⁰ Los viajeros que visitaban Chile durante el siglo XIX destacaban las precarias condiciones de vida de los chilenos, incluso de las familias más acomodadas, cuyas casas combinaban algunos muebles, alfombras y trajes europeos con el piso de tierra apisonada, muros de adobe y techos con vigas de canelo. Destacaban, además, la

ni alimentos o productos de alta demanda en Europa, como azúcar, café, cacao, tabaco o caucho. Por esta razón, la Corona Española estuvo interesada en Chile principalmente porque constituía una zona estratégica que defendía al rico Perú de los ataques de los corsarios y las pretensiones de otras potencias europeas.

El sentimiento de lejanía, de aislamiento y la pobreza moldearon el comportamiento de los chilenos, caracterizado por su timidez, apocamiento y sobriedad. Para afrontar las adversidades geográficas y de la naturaleza, los chilenos tuvieron que adoptar un espíritu nacional tenaz y autosuficiente. Son características que, a fin de cuentas, explican los valores fundamentales del estilo político de Chile que se cristalizaron en la época de la organización del estado republicano y democrático en la primera mitad del siglo XIX y que proporcionaron a Chile la imagen de un país diferente y superior en América Latina: la estabilidad política e institucional, el orden jurídico, el sentido impersonal de la autoridad, la honestidad gubernativa, la apertura al diálogo y una madurez cívica y democrática.

2. La modernidad en Latinoamérica – ¿En conflicto con la identidad nacional o parte del proceso de su construcción?

El tema de la identidad nacional en América Latina inevitablemente remite al concepto de modernidad¹¹. Ni siquiera este argumento estuvo exento de polémica, sino que por el contrario, las preguntas acerca de la existencia y la especificidad de la modernidad en la región estuvieron siempre presentes.

En el siglo XX los debates acerca de la relación entre la modernidad y la identidad nacional de los países latinoamericanos, alcanzaron alta intensidad y productividad, reflejando una fuerte discusión que existía en la sociedad. Mientras que algunos intelectuales y pensadores

modesta arquitectura de Santiago hasta muy entrado el siglo XVIII, cuando se construyeron el puente de Cal y Canto (puente sobre el río Mapocho en Santiago), el palacio de La Moneda (sede del presidente de Chile) y algunas de las más emblemáticas iglesias de la capital. Cfr. Gazmuri, *op. cit.*, p. 25.

¹¹ La modernidad se comprende aquí como un proceso dinámico en el que lo económico, lo social, lo político y lo cultural avanzan hacia modelos más complejos y elaborados hasta terminar por configurar la moderna sociedad burguesa, el capitalismo y una nueva forma de organización política, nacida como una repuesta al absolutismo monárquico, el Estado-nación. Por modernidad se entiende también la aplicación del individualismo en el riesgo comercial, la apertura del país a los mercados internacionales, y sobre todo un nuevo espíritu competidor y ganador. Cfr. Jorge Larraín, *¿América Latina moderna?*, Santiago, LOM ediciones, 2005, pp. 20-26.

latinoamericanos consideraban la modernidad y la identidad nacional fenómenos mutuamente excluyentes,¹² otros tantos destacaban que se trataba de conceptos imbricados y entrelazados.¹³ Sin embargo, es curioso comprobar que todos coincidían en que la modernidad representaba un fenómeno europeo por excelencia, puesto que fue en el Viejo Continente donde la modernidad se originó y donde, sobre todo a partir de las últimas décadas del siglo XVIII, encontró el terreno propicio para su evolución y consolidación.¹⁴

La idea subyacente es que América Latina no pudo tener una verdadera modernidad, sino que ésta se presentó como un simulacro, puesto que le faltaron antecedentes intelectuales y las instituciones que le dieron origen en Europa.¹⁵ Según esta visión, la modernidad no surgió en América Latina de manera natural y espontánea, sino que vino desde afuera, por lo cual la trayectoria latinoamericana hacia la modernidad solía concebirse como un fragmento de la historia occidental. De hecho, el primer contacto con la civilización occidental se produjo durante la época de la colonización por parte de los países ibéricos.¹⁶ Fue por medio de

¹² Así, los autores como Octavio Paz y Carlos Fuentes fueron escépticos ante la experiencia latinoamericana con la modernidad. Fuentes afirmaba que «somos un continente en búsqueda desesperada de su modernidad», mientras según Paz, en Latinoamérica se produjo una pseudomodernidad, presentándose como una «mentira» o una «máscara»: «Ahora bien, esas ideas democráticas no habían sido pensadas para la realidad hispanoamericana ni habían sido adaptadas a las necesidades y tradiciones de nuestros pueblos. Así comenzó el reinado de inautenticidad y la mentira: fachadas democráticas modernas y, tras ellas, realidades arcaicas. La historia se volvió un baile de máscaras». Octavio Paz: *Ideas y costumbres I*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 140.

Carlos Fuentes: *Valioso mundo nuevo: Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, Madrid, Narrativa Mondadori, 1990, pp. 12-13.

¹³ A este grupo de autores pertenecen las aportaciones teóricas del argentino Néstor García Canclini, así como de los autores chilenos, José Joaquín Brunner, Pedro Morandé y Jorge Larraín. Larraín niega que se trate de fenómenos excluyentes y afirma su simultaneidad: "La trayectoria latinoamericana hacia la modernidad es simultáneamente parte importante del proceso de construcción de identidad: no se opone a una identidad ya hecha, esencial, inamovible y constituida para siempre en pasado, ni implica la adquisición de una identidad ajena". Jorge Larraín: «La trayectoria Latinoamericana a la Modernidad», *Estudios Públicos*, Centro de Estudios Públicos, n. 66, otoño 1997, p. 315.

¹⁴ La modernidad surge en Europa en el siglo XVI, como producto del nuevo concepto renacentista del ser humano como sujeto autorreflexivo, autosuficiente y dueño de su propia historia. Sin embargo, es a fines del siglo XVIII que la modernidad, inspirada en las ideas de la Ilustración, entra por la puerta grande en el escenario europeo. Las ideas claves de la Ilustración como libertad, autonomía individual, tolerancia, ciencia, progreso y razón, se convirtieron entonces en el contenido esencial de la modernidad. Una de sus directas manifestaciones fueron la Revolución Francesa (1789) y la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776), que tuvieron gran impacto en los movimientos independentistas de América Latina.

¹⁵ Este déficit histórico e intelectual conducirá a una experiencia de la modernidad como disfraz: «En realidad, no tuvimos siglo XVIII: ni Kant ni Hume ni Rousseau ni Voltaire. Tampoco vivimos, salvo superficialmente los cambios de gusto, los sentimientos, la sexualidad y, en una palabra, la cultura de esa gran época. Lo que tuvimos fue la superposición de una ideología universal, la de la modernidad, impuesta sobre la cultura tradicional». Octavio Paz, *op. cit.*, p. 141.

¹⁶ Leopoldo Zea, en su libro *Filosofía y cultura latinoamericanas*, escribe al respecto: «El mundo latinoamericano colonizado por España y Portugal entra en el siglo XIX en la más extraña aventura en que un conjunto de pueblos pueda entrar en el campo de las ideas: la aventura que significa tratar de deshacerse de la propia formación cultural para adoptar otra. El mundo iberoamericano se encuentra frente a un mundo dentro del

España y Portugal que a América Latina llegó una forma peculiar de la modernidad occidental. Aunque los dos países peninsulares iniciaron la expansión de Europa en el suelo americano y por lo tanto inauguraron la modernidad, por el otro, se trataba de países aún inmersos en el sistema semifeudal, que poco después de la Conquista, en el momento de la Contrarreforma, se cerraron a la modernidad y al resto del mundo occidental.¹⁷ Por ello, a diferencia de los conquistadores ingleses, que llevados por los valores protestantes del individualismo *moderno* y la democracia política, con éxito lograron implantar la modernidad en América del Norte, la América española y portuguesa se incorporó tardíamente a los fenómenos modernos. El proceso modernizador comenzó a concretarse en América Latina a principios del siglo XIX con la formación de estados independientes americanos. Sin embargo, la modernidad que se introdujo en aquella época fue bastante restringida, puesto que se dio más en teoría que en la práctica institucional política y económica. Los gobernadores de las nacientes repúblicas latinoamericanas se empeñaron en introducir la modernidad sin previamente haberse esforzado en adaptarla a las necesidades y tradiciones de los pueblos latinoamericanos. Por lo tanto, el proceso de implantación de la modernidad ocurrió de manera contradictoria, siendo planificado *desde arriba*, es decir desde los círculos políticos más altos, y no como hubiera sido lógico *desde abajo*, por lo cual el impulso a la modernidad no vino desde el pueblo y la participación ciudadana.¹⁸ Finalmente, cuando la modernidad política y económica empezó a introducirse en la práctica en el siglo XX, surgió entonces la pregunta inquietante acerca de si los países americanos podrían modernizarse de forma auténtica. El sociólogo chileno Jorge Larraín concluye:

De este modo podría decirse que nacimos en la época moderna sin que nos dejaran ser modernos; cuando pudimos serlo, lo fuimos sólo en el discurso programático y cuando empezamos a serlo en la realidad, nos surgió la duda de si esto atentaba contra nuestra identidad.¹⁹

A raíz de lo expuesto por Larraín, habría que plantearse el problema desde otro punto de vista. Puesto que el mero hecho de autoobservarse y reflexionar sobre la propia sociedad constituye

cual se siente inadaptado: el mundo moderno». Leopoldo Zea: *Filosofía y cultura latinoamericanas*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1976, p. 179.

¹⁷ Octavio Paz explica la peculiaridad de la modernidad en España y Portugal: «España representa, en el alba de la modernidad, en el siglo XVI, una versión muy singular de Occidente. Por una parte, inaugura la modernidad con los viajes de exploración, los descubrimientos y las conquistas. España y Portugal inician la expansión de Europa, uno de los hechos decisivos de la modernidad. Por otra, un poco más tarde, se cierran a Europa y a la modernidad con la Contrarreforma». Octavio Paz, *op. cit.*, pp. 138-139.

¹⁸ Según el historiador chileno, Claudio Veliz, la ausencia de la participación burguesa o popular, se explica por una larga tradición del sistema político autoritario y centralista, cuyas bases se sentaron durante la conquista y la colonia y que la emancipación de los países latinoamericanos no alteró en absoluto. Claudio Veliz: *La tradición centralista de América Latina*, Barcelona, Ariel, 1984, pp. 15-16.

¹⁹ Jorge Larraín: *Identidad chilena*, Santiago, LOM ediciones, 2001, p. 77.

un rasgo propio de las sociedades modernas, sería más idóneo situar la problemática en apuntar qué tipo de modernidad hubo y hay en América Latina. A pesar de compartir un pasado en común, tradiciones, religión y lengua, la realidad sociopolítica de América Latina es distinta de la del resto de las culturas occidentales y por ello, la identidad de los países americanos no puede ser considerada como un fragmento o una prolongación de Europa o del mundo occidental. La identidad latinoamericana es una identidad propia que conlleva una peculiaridad - está constituida por tres principales componentes identitarios – el componente hispánico, indigenista y europeo u occidentalizador. Sin embargo, lo que causó cuantiosas discordias y debates en el panorama intelectual latinoamericano fueron los rechazos de sus componentes integrantes y la imposibilidad de llegar a un consenso que aceptara el carácter plural de la identidad.

Referirse a la problemática de la modernidad es imprescindible para aproximarse al meollo del tema de la identidad nacional latinoamericana. Esta tendencia se hace aún más patente y, al mismo tiempo desafiante en el caso específico de Chile, que desde su Independencia en 1810, ha siempre ostentado la imagen de un país diferente, moderno y superior en América Latina. Sin embargo, no faltaron aquellas interpretaciones, que centradas en los rasgos negativos de la identidad chilena, demostraban la ausencia de una verdadera modernidad en Chile.

La intención de este trabajo es abordar el tema de la identidad nacional chilena desde la perspectiva del proceso de la construcción de la modernidad. Partiendo del análisis de las más representativas obras ensayísticas chilenas publicadas en el siglo XX, sobre todo aquellas publicadas durante la segunda mitad del siglo, que giran en torno al tema de la identidad nacional, se buscará rastrear las razones por las que Chile muchas veces era y sigue siendo considerado un país distinto y superior en América Latina, pero también se evidenciarán aquellas características del “ser chileno” que, en la opinión de los ensayistas, constituyen trabas para alcanzar el desarrollo. Al mismo tiempo se considera importante mantener el vínculo con la historia nacional chilena, en la que no solamente se forjó la identidad, sino la que tuvo una influencia decisiva tanto en el presente como en el futuro nacional. De este modo, individuando los acontecimientos más relevantes del pasado nacional, se observan y se explican las causas de los cambios y de las diferencias que se registran en el proceso de la evolución de la identidad chilena, así como se determina en cuán medida estos cambios se reflejaron en la vía chilena hacia la modernidad.

3. El ensayo chileno contemporáneo

3. 1. La Generación del Centenario – la matriz intelectual para los ensayistas chilenos de la segunda mitad del siglo XX

El género de ensayo tiene una larga historia en la literatura latinoamericana. Ocupa un lugar importante en el marco del pensamiento latinoamericano, constituyendo un espacio reflexivo en el que los autores solían transplantar sus ideas acerca de la situación política, social y cultural de sus países, así como el espacio que les servía para contribuir a la construcción de la identidad nacional que fuera la auténtica expresión del ser latinoamericano, y que por consiguiente, fuera liberada de imágenes y conceptos impuestos.

A causa de la falta de fronteras o especificaciones que lo caracterizan, el ensayo representa una forma de expresión que se resiste a una definición estricta.²⁰ Consiste en una interrogación o indagación, y por lo tanto, constituye una forma reflexiva, flexible y subjetiva de la expresión literaria. En efecto, es un género híbrido que colinda con distintos campos de conocimiento: literatura, pensamiento filosófico y político, estética, historia, arte, crítica de la cultura. Asimismo, es un género “camaleónico”,²¹ puesto que adopta distintas formas literarias: artículo, manifiesto, discurso, panfleto, estudio, tratado. Los críticos literarios lo consideran también un género “libertario”,²² que, escapándose a los límites formales literarios, adquiere una estructura abierta que les permite sugerir nuevas ideas y abrir nuevas perspectivas.²³

²⁰ El género de ensayo se origina en la época del Renacimiento. El primero en usarlo fue el escritor francés Michel de Montaigne (1533-1592) para la edición original de sus *Essais* de 1589. En el ensayo *De Democrático y Heráclito*, Montaigne expone su concepto del género que le permite tratar un «tema del que nada entiende» y sondear «el vado desde muy lejos». Continúa con las observaciones que, en realidad, sirven para entender el concepto de ensayo: «Tomo al azar el primer tema que se me presenta. Todos son igualmente buenos. Y jamás pretendo tratarlos por entero. Pues de nada puedo ver el todo. Penetro en él, no con amplitud sino con la mayor profundidad que puedo. [Suelo] rendirme a la duda o a la incertidumbre o a mi estado original que es la ignorancia». Citado por José Miguel Oviedo: *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 17-18.

²¹ Juan Marichal: *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984, p. 15.

²² Belén Castro Morales: «El ensayo hispanoamericano del siglo XX. Un panorama posible», En: Trinidad Barrera (coord.) *Historia de la Literatura Hispanoamericana III*, Madrid, Cátedra, 2008, p. 805.

²³ J. M. Oviedo afirma: «[...] el ensayista se lanza, como un acróbata, al vacío, arriesga y se adelanta por terrenos no del todo explorados y a veces fuera del campo de su experiencia. Hay algo aventurero y pionero en él, lo que contribuye a hacer más atractivo y actual lo que escribe, aunque su asunto sea remoto o difícil: su esfuerzo apunta al futuro, porque deja el camino abierto para nuevas incursiones». José Miguel Oviedo, *op. cit.*, p. 14.

Por su naturaleza antidogmática y antisistemática, así como por su proximidad comunicativa para ofrecerse al diálogo, el ensayo en América Latina ha desempeñado una función muy específica: sirvió como instrumento indagatorio de la identidad de las naciones latinoamericanas. A diferencia de lo que ocurre en la mayoría de las literaturas nacionales, donde el ensayo ha sido el último en aparecer entre los géneros literarios, por corresponder a un nivel avanzado del proceso intelectual de un pueblo, en América Latina ha ocurrido lo contrario: los agentes de la formación de la conciencia nacional y literaria han sido sus ensayistas.

En general, los debates acerca de la identidad nacional surgen o reaparecen en los períodos de crisis y momentos de fuertes agitaciones políticas y sociales. El sentimiento de preocupación que en estas etapas emerge y la urgencia del compromiso social, incitan a las élites intelectuales a reflexionar sobre la situación en que se encuentra la nación, así como sobre las causas que la generaron. De este modo, los períodos de inestabilidad nacional, política y social ofrecen un terreno propicio para los ensayistas que se empeñan en dar un diagnóstico de los males de sus países y proponer posibles soluciones.

En Chile, el breve espacio temporal que abarca las primeras tres décadas del siglo XX fue marcado por las polémicas acerca del estado actual y el futuro del país. Varios intelectuales y políticos, obedeciendo a diferentes consideraciones, apuntaban que, pese a que Chile estaba pasando por un buen momento en la economía y disfrutaba de la imagen de un país líder y confiable en América Latina, su sociedad vivía una crisis latente de orden moral y social, que, por lo tanto, tuvo repercusiones en el plano económico.

El siglo XIX chileno, a pesar de los conflictos internos - revoluciones de 1851, 1859 y 1879 - y externos – Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) y la Guerra del Pacífico (1879-1883) – fue uno de los períodos más fecundos de la historia nacional. En esta época el país creció económicamente y se estabilizó políticamente, se adoptaron ideas liberales, se expandió la educación laica, se construyó el estado republicano y se introdujeron formas democráticas de gobierno. Surgieron, además, enormes fortunas económicas producidas por la actividad minera, y posteriormente por la industria salitrera,²⁴ por lo cual

²⁴ Las riquezas que provenían en primer lugar de la industria minera y salitrera se encontraban en manos de la llamada “aristocracia chilena”. Esta élite, que habitaba casi toda en Santiago se había formado por la fusión de dos grupos. Uno, constituido por la aristocracia tradicional que venía desde la época colonial y que tenía en la

Chile, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, expandió y consolidó su economía exportadora y su incorporación al mercado internacional. Fueron superados los antiguos modelos económicos basados en el predominio de la agricultura, la producción artesanal de bienes manufacturados y el escaso desarrollo de los medios de transporte, y surgió un nuevo y pragmático modelo de desarrollo económico basado en la administración pública eficiente, la producción industrial, el desarrollo del transporte, de las comunicaciones y la formación de amplios mercados.²⁵

Una cierta prosperidad económica y estabilidad política se manifestó en el proceso de migración del campo a la ciudad, el consecuente inicio del proceso de urbanización,²⁶ las numerosas obras públicas, entre ellas la inauguración de los ferrocarriles internacionales de Arica a La Paz y de Los Andes a Mendoza, el aumento de la producción cultural (libros y periódicos), la fundación de las dos principales universidades nacionales – la Universidad de Chile (1843) y la Pontificia Universidad Católica de Chile (1888) – así como en la llegada de una pléyade de intelectuales extranjeros, como Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento, Ignacio Domeyko y Claudio Gay, quienes contribuyeron al desarrollo de las ciencias y humanidades.

En el marco de acontecimientos producidos en Europa y el mundo, la primera mitad del siglo XX coincidió con la primera crisis de modernidad causada por las dos guerras mundiales, la Revolución rusa, los levantamientos revolucionarios comunistas en Europa Central y del Este y una depresión profunda en la que se encontró sumergida la mayoría de los países europeos. La crisis del capitalismo europeo, acelerada por la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión de 1929 prolongada durante la década de 1930, provocaron en Chile el declive de la vieja clase oligárquica y el afianzamiento de la clase media que adquirió clara expresión

posesión de la tierra su principal y a veces su única fuente de ingresos. El otro sector estaba compuesto por comerciantes, mineros, banqueros e industriales enriquecidos durante el siglo XIX. Su origen, por lo general, no era hispano y tenía una tradición de vida burguesa y urbana. Cfr. Gazmuri, *op. cit.*, p. 74.

²⁵ Cfr. Luis Ortega: «Los límites de la modernización en Chile. Siglos XIX y XX», *Problemas históricos de la modernidad en Chile contemporáneo*, Ediciones SUR, n. 24, agosto 1994, p. 36.

²⁶ Santiago y Valparaíso se convirtieron en ciudades con calles pavimentadas e iluminadas a gas. A finales del siglo XIX se inauguraron unos de los más emblemáticos edificios de Santiago, el Museo de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional, la estación de trenes Mapocho. Asimismo, el 2 de septiembre de 1900 se inauguró el sistema de tranvías eléctricos administrado por empresas norteamericanas, inglesas y alemanas. Cfr. Javier Pinedo: «Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el Centenario: 1900-1925», *América sin nombre*, Universidad de Alicante. Unidad de Investigación “Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano”, n. 16, 2011, p. 31.

social y política.²⁷ Los crecientes problemas en el mercado internacional del salitre, produjeron en Chile a principios del siglo una crisis política y económica, aumentando las tensiones sociales en el país. Salieron a la luz los principales problemas de la sociedad chilena: la extrema polarización entre la opulencia de las clases dirigentes y la paupérrima situación social de las clases más bajas que, viviendo en los barrios marginales en deplorables condiciones laborales y de vida, solían entregarse a los males sociales, como el alcoholismo, la prostitución y la delincuencia. La crisis se manifestaba también en las numerosas revueltas populares y huelgas protagonizadas por trabajadores, campesinos y desempleados²⁸ que ponían en evidencia las contradicciones y las limitaciones de la sociedad chilena: las marcadas divisiones sociales, la ineficacia del sistema político, la intransigencia de las élites gobernantes. A ello se añadían las críticas dirigidas a las deficiencias en el ámbito de la educación que no fomentaba el espíritu empresarial, y sobre todo, a la presencia de la pobreza que obstaculizaba el camino hacia la modernidad.

Esta etapa de crisis y de cambio que coincidió con el período de las celebraciones del primer centenario de la independencia nacional (1910), iba acompañada culturalmente por la aparición de una serie de pensadores y ensayistas de orientación nacionalista, socialista, anticlerical y antioligárquica. Pese al bienestar del país, la aparente madurez cívica del gobierno, la solidez de sus instituciones, este grupo de intelectuales, escritores y ensayistas chilenos exhiben “otra” realidad del país que a comienzos del siglo XX estaba inmerso en la profunda crisis social y moral, que fue provocada, en primer lugar, por la inmoralidad de la clase política indolente, derrochadora, ociosa, despreocupada por la cada vez más latente

²⁷ La consolidación de la clase media provocó un cambio radical en la columna vertebral política y social de Chile. Así, después de 1920, todos los presidentes de Chile, a excepción de Salvador Allende, quien provenía de la oligarquía laica de Valparaíso, pertenecían a la clase media. Asimismo, la mayor parte de las figuras más destacadas del panorama cultural e intelectual del siglo XX chileno, eran integrantes de este sector. Por ejemplo, Pablo Neruda y Gabriela Mistral pertenecían a la baja clase media de provincia, Neruda de Parral y Mistral del Valle de Elqui. Ambos fueron educados en el liceo, pasaron por el Pedagógico de la Universidad de Chile y entraron a empleos públicos: Gabriela Mistral como maestra, Pablo Neruda como empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores. Cfr. Gazmuri, *op. cit.*, p. 78.

²⁸ Surge en las primeras dos décadas del siglo XX una serie de huelgas. La primera es la manifestación llevada a cabo en el puerto de Valparaíso en 1903 por los trabajadores portuarios, cansados de las malas condiciones laborales. En 1905 estalló en Santiago la llamada "Huelga de la carne" a causa del alto precio de la carne que fue traída desde Argentina, por lo cual no todos podían tener acceso a ella. En las huelgas producidas en Antofagasta en 1906 y en Magallanes en 1919 y 1920, las reivindicaciones sociales se mezclaron con la intransigencia de la clase gobernante. Finalmente, la culminación más trágica dentro de los movimientos sociales fue la matanza obrera de 1907 acaecida en la Escuela Santa María de Iquique, con un número de muertos entre 500 y 1.500 mineros con sus mujeres e hijos. Cfr. Manuel Álvarez Pastene: «Centenario en Chile: Una época escrita desde la modernidad», *Revista Sociedad y Equidad*, Universidad de Chile, n. 2, 2011, p. 230.

“cuestión social”.²⁹ Reunidos en la llamada “Generación del Centenario”,³⁰ irrumpen en el período entre 1900 y 1925 los autores como Francisco Antonio Encina (1874-1965), Nicolás Palacios (1854-1911), Alejandro Venegas (1870-1922), Enrique Mac-Iver Rodríguez³¹ (1845-1922), Tancredo Pinochet (1879-1957), Guillermo Subercaseaux (1872-1959), Luis Emilio Recabarren (1876-1924). Más allá de las particularidades de cada autor, todos ellos tenían en común una clara preocupación política y social. De hecho, los ensayistas del Centenario destacaban por su actitud marcada por un análisis económico y sociológico provocado por el impacto de pobreza, la injusticia social y la necesidad de desarrollo. Asimismo, ponían en evidencia el hecho de que la miseria y la desigualdad social, principales obstáculos al desarrollo del país, tuvieran su origen en el mestizaje racial y cultural del pueblo chileno. Por lo tanto, la pobreza no era un fenómeno nuevo, sino una prolongación del Chile popular de los siglos anteriores y de la época colonial, mientras que los pobres que pululaban en la sociedad chilena, eran, en realidad, el mismo pueblo mestizo, analfabeto y marginado de siempre.³² Así, los pensadores del Centenario encontraban las raíces del malestar nacional en la época de la Conquista y de la Colonia, cuando se sentaron las bases de un país que siglos después seguiría marcado por la dificultad de convivencia entre dos polos opuestos, uno blanco-europeo y otro indígena-mestizo. En la opinión de estos autores, la división era tan marcada

²⁹ El término “cuestión social” hace referencia a la situación de la clase obrera, cuyas condiciones de vida se agravaron notablemente a comienzos del siglo XX como consecuencia de la incipiente industrialización, el proceso de urbanización descontrolado y la indolencia de la clase dirigente que se mostró indiferente ante sus problemas y quejas. Los trabajadores, hasta entonces excluidos de la vida política, a partir de la primera década del siglo XX adquirieron una conciencia propia y una autoestima como grupo, por lo cual comenzaron a imponerse y exigir un espacio propio en la sociedad. Cfr. Juan Carlos Yáñez Andrade: *La intervención social en Chile y el nacimiento de la sociedad salarial: 1907-1932*, Santiago, RIL editores, 2008, p. 91.

³⁰ El nombre de la generación alude al momento de su aparición que coincidió con el centenario de la independencia nacional el 18 de septiembre de 1910. Cfr. Santiago Aránguiz Pinto: «Historia de las ideas y la cultura en Chile. El Centenario y las vanguardias (Tomo III)», *Universum*, Universidad de Talca, n. 21, 2006, pp. 251-257.

³¹ Enrique Mac-Iver habló de una crisis integral, que por lo tanto, afectaba a la totalidad de la nación. La descripción que ofreció Mac-Iver fue una de las que más resonancias tuvo en la época: «Voy a hablaros sobre algunos aspectos de la crisis moral que atravesamos; pues yo creo que ella existe en mayor grado y con caracteres más perniciosos para el progreso de Chile que la dura y la prolongada crisis económica que todos palpan. Me parece que no somos felices; se nota en el malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país y de la generalidad de los que lo habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha de la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad [...]. En una palabra: ¿progresamos?» Enrique Mac-Iver Rodríguez, *Discurso sobre la crisis moral de la República*; pronunciado en el Ateneo de Santiago el 1 de agosto de 1900. Publicado como *Crisis moral de la República*, Imprenta Moderna, Santiago; citado por Pinedo (2011), p. 33.

³² Alejandro Venegas utiliza palabras como “órgano gangrenado”, “pecho carcomido por el cáncer”, “charca cenagosa”, “acequias pestilentes”, para caracterizar una pobreza que estuvo siempre presente en Chile. Afirma Venegas: «En nuestro país el pueblo es ignorantísimo y hasta ahora ha sufrido las espoliaciones e inequidades con la tranquilidad de una bestia de carga; no podemos esperar, pues su regeneración del ejercicio consciente de sus derechos». Alejandro Venegas: *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, Santiago, Editorial Universitaria, 1910, pp. 10-11.

que no sólo representaba una traba para el progreso del país, sino que también impedía la configuración de una identidad nacional común:

No es posible mirar a la nacionalidad chilena desde un solo punto de vista, porque toda observación resultaría incompleta. Es culpa común que existan dos clases opuestas, y como si esto fuera poco, todavía tenemos una clase intermedia que complica más este mecanismo social de los pueblos.³³

El balance del país que, a un siglo de la Independencia, ofrecen los ensayistas del Centenario es, por lo tanto, negativo:

La patria es el hogar satisfecho y completo, y la libertad solo existe cuando existe este hogar. La enorme muchedumbre que puebla campos y ciudades, ¿tiene acaso hogar? ¡No tiene hogar...! ¡No tiene hogar...! ¡Y el que no tiene hogar no tiene libertad! Todos los grandes creadores y fundadores de la economía política han afirmado este principio: «El que no tiene hogar no tiene libertad!»³⁴

A partir de las observaciones de los autores del Centenario, queda claro, pues, que Chile a un siglo de Independencia todavía se encontraba en búsqueda de una identidad nacional, que, por un lado, lograra modelar una nación reconocible para todos y que, por el otro, permitiera asumir los desafíos de la modernidad. Este proyecto de construcción nacional marcado por el afán modernizador, estuvo tan arraigado en el tejido social que seguiría vigente en la producción ensayística de los autores de las décadas siguientes.

3.2. El panorama ensayístico chileno de la segunda mitad del siglo XX: identidad y crisis

3.2.1. Chile en los ensayos de Benjamín Subercaseaux - dos incógnitas: posición geográfica y pasado indígena.

En la producción ensayística de la segunda mitad del siglo XX casi no hay autor que no considere, de una manera u otra, que Chile se ve afectado por una crisis global, ni que no evoque la necesidad del desarrollo económico como principal medio para superar los problemas sociales, económicos y políticos del país. Por lo tanto, los textos ensayísticos

³³ Luis Emilio Recabarren: «Ricos y pobres», 3 de septiembre de 1910, en *Obras escogidas*, La Habana, Casa de las Américas, 1976, pp. 74-76, 79-80. Citado por Michael Löwy: *El marxismo en América Latina: antología, desde 1909 hasta nuestros días*, Santiago, LOM Ediciones, 2007, pp. 75-76.

³⁴ *Ibid.*

chilenos más importantes publicados desde la mitad del siglo revelan los mismos problemas que en las décadas precedentes evidenciaron los autores pertenecientes a la Generación del Centenario: la sociedad en crisis, la presencia de la pobreza, el atraso socioeconómico y la urgencia de encaminarse hacia la modernidad.

A mediados del siglo, a causa de la crisis del régimen oligárquico, irrumpe en el panorama político chileno el discurso político de izquierda que trae un nuevo imaginario identitario, de igualdad, trabajo, industrialización y participación política de las clases medias y obreras y que, en sus distintas modalidades, perdurará hasta el Golpe Militar, acaecido el 11 de septiembre de 1973.

En este contexto de grandes cambios sociales y turbulencias políticas, nacen los ensayos de Benjamín Subercaseaux (1902-1973), una de las figuras más destacadas del escenario intelectual chileno, así como uno de los intelectuales chilenos más inmersos en el tejido social del país. Pese a haber incursionado en todos los géneros, fue en el ensayo donde Subercaseaux encontró la forma idónea para expresar sus ideas que en la mayoría de los casos guardaban directa relación con Chile.

En la época cuando en Chile se registraba el declive de la vieja clase oligárquica y las emergentes clases medias y populares iban cobrando cada vez mayor importancia política y social, Subercaseaux hace un detallado examen de las clases sociales chilenas. En *Chile o una contribución a la realidad* (1939) afirma que en Chile existen dos clases claramente definidas: la “persona bien” y el “roto”. Por el hecho de que en Chile la posición social se defina en primer lugar según el poder económico, y no según el desempeño individual de cada uno dentro de la sociedad, Subercaseaux niega que en Chile haya una clase alta en el sentido europeo de nobleza o aristocracia. La llamada clase alta en Chile consiste en un conjunto de banqueros, empresarios y latifundistas, y es, por lo tanto, equivalente de la burguesía europea. Es dudosa también la existencia de una verdadera clase media, puesto que se trata de un grupo bastante disperso compuesto por individuos de estrato superior o inferior cuyo conjunto heterogéneo no permite formar una clase de características distintivas. Sin embargo, aunque la clase media no tiene calidad de clase social, Subercaseaux sostiene que ésta existe más bien como un tipo psicológico, el “siútico”.³⁵ Por ser producto de la inestabilidad, el “siútico”

³⁵ «En Chile hay dos clases bien definidas: el “roto” y la “persona bien”. El resto está formado por una zona vaga, tan pronto alta como baja, constituida más bien por individuos, no por grupos, no por *una clase* de verdad

oscila constantemente entre el pueblo y la clase alta, aspirando de manera desmesurada a incorporarse a la clase alta. Si bien la clase media es física e intelectualmente superior a cualquiera en Chile y su predisposición para el trabajo es indiscutible, es preciso que ésta madure. Ello significa que, para convertirse en el referente al que todo chileno debería aspirar, la clase media debería dejar de imitar el sector alto. En vez de ver en él una garantía de una mejor posición social y económica, la clase media debería adoptar de la clase alta sólo aquellas cualidades que le faltan, el sentido de organización y de medida, así como el verdadero significado de fraternidad y colaboración. Para que esto ocurra la clase media tiene que pasar por un largo proceso de evolución espiritual del que quedó exenta, puesto que optó por enderezar sus esfuerzos hacia el progreso en la escala social y la acumulación de los bienes materiales.³⁶ Cuando la clase media logre concienciar sus defectos y ver en la clase alta una “colaboradora” que le puede ser provechosa, Chile será un país fuerte y dueño de su futuro.

Asimismo, Subercaseaux muestra su desconfianza con respecto a los estratos populares, cuyo exponente en la iconografía chilena lleva el nombre del “roto”.³⁷ Subercaseaux define al “roto” como un ser desorientado, sin creencias estables ni ideales colectivos, que, llevado por su infundada soberbia, esquivo cualquier tipo de deber o compromiso, oponiéndose continuamente al orden preestablecido:

[...]. Por esto, creemos poder afirmar que la *clase media* no existe aquí en calidad de clase social [...]. Hay en ella un tipo perfectamente delimitado por sus actitudes, un tipo de transición que la caracteriza en ciertos aspectos, y que llamamos el “siútico”. Benjamín Subercaseaux: «El siútico o la comedia en serio» en *Chile o una contribución a la realidad*, Santiago, Edición Letras, 1939, pp. 160-170; citado por Hernán Godoy: *El carácter chileno*, Santiago, Editorial Universitaria, 1976, pp. 314-316.

³⁶ Subercaseaux sostiene que «la clase media es provisoria y que está rápidamente ingresando en la alta, “la Gran Clase Media de verdad”. La primera etapa es transitoria, sin conciencia de su clase; simple estado de aspiración a una aristocracia hipotética». Por lo tanto, la clase media no pasa por el proceso de evolución espiritual, y es por ello, que Subercaseaux afirma que «el hombre medio puede adquirir dinero, modales y hasta un ruidoso sentido humanitario indentificado con sus tendencias políticas, sin que estas cualidades aparentes correspondan todavía a un interior más humanitario, más espiritual». *Ibid.*, pp. 315-316.

³⁷ El término *roto* se refiere al chileno de extracción popular. El médico y pensador chileno Nicolás Palacios (1858-1911) en su libro *La Raza Chilena* (1904) afirma que el *roto*, surgido de la mezcla entre los araucanos y los españoles, constituye la representación máxima de la *chilenidad*. Su característica esencial, la aptitud militar, se debe al hecho de que ambos grupos étnicos hayan tenido mentalidades afines. Así, Palacios constata que el conquistador español proviene, en realidad, del godo, pueblo nórdico del sur de Suecia, que destaca por su fortaleza, (física y mental) y virtudes guerreras. Fue ese pueblo teutónico el único que demostró tener valentía suficiente para enfrentarse a los araucanos belicosos. Por ello, Palacios concluye que los chilenos no son un pueblo latino; sino más bien constituyen un pueblo homogéneo y uniforme, puesto que «todos pensamos de idéntica manera en las cuestiones cardinales, sobre las que se apoyan y giran todas las demás referentes a la familia o a la patria, a los deberes morales o cívicos: es uno mismo nuestro criterio moral y social». Los godos y los araucanos eran, en realidad, dos grupos étnicos de mentalidades muy afines; de ahí la uniformidad de sus pensamientos. Finalmente, Palacios critica las élites gobernantes chilenas que se niegan a reconocer al *roto* como el portador de la identidad chilena. Por lo tanto, afirma que el *roto* es el gran huérfano o desheredado dentro de su propia patria. Nicolás Palacios: *La Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, Tomo I, Santiago, Editorial chilena, 1918, pp. 33-60.

Quien es – o se siente – rey, y rey absoluto no tiene por qué dar cuenta a nadie de lo que le venga en gana realizar. Él está fuera de la ley (o mejor, él es la ley). Y como el trabajar, el cumplir la palabra o compromiso, el ser responsable, el mantener una actitud sostenida, son productos sociales del deber, no veo por qué habría de poseer estas cosas quien se ha puesto definitivamente en la posición del Demiurgo.³⁸

Los juicios agudos y la descripción descarnada de la realidad de Chile y de sus habitantes depararon a Subercaseaux numerosas discordias con la política oficial, la crítica y el público literarios.³⁹ Su postura intransigente se manifiesta claramente en el más conocido de sus libros, *Chile o una loca geografía* (1940). Echando mano al tópico que ya había existido en la tradición literaria chilena e inspirándose al mismo tiempo en el libro *Van Loon's Geography* (1932) del historiador y periodista estadounidense Hendrik Willem Van Loon, Subercaseaux lleva a cabo un análisis de la peculiar psicología nacional en relación con sus fuerzas telúricas. Desde el punto de vista del determinismo geográfico-climático, el autor considera que el alejamiento geográfico y la lejanía del resto del mundo son causantes del carácter depresivo, «indolente y apático» de los chilenos,⁴⁰ carente de espíritu entusiasta e imaginativo.

La conformación geográfica del país gestó, además, el concepto de nación bipartita que consiste en dos modelos identitarios. Así, el autor identifica el perfil del *norteño* con su indiscutible superioridad, que se ve reflejada tanto en su fortaleza física como en la franqueza del carácter. Lo contrasta con el *sureño* que le es inferior en casi todos los aspectos:

Entre el año uno y el cinco de la Era Cristiana aparecieron en Chile, venidos del norte, unos hombres más robustos y fuertes que los hombres primitivos: *los hombres neolíticos* [...]. Es

³⁸ Benjamín Subercaseaux: «El roto-rey», *Zig-Zag*, Editorial Zig-Zag, n. 2936, 14 de julio de 1961, citado por Calderón, *op. cit.*, p. 353.

³⁹ Francisco Coloane afirmó que Subercaseaux «a veces estaba contra todo y contra todos, y hasta contro sí mismo. [...] A menudo lo veía como un solitario que hubiera trazado un círculo mágico a su alrededor, en medio del cual, observaba incólume, amando y odiando a sus semejantes». Francisco Coloane: «Manuel y Benjamín», *El Siglo*, 14 de marzo de 1973; citado por Arturo Tienken: «Chile en la obra de Benjamín Subercaseaux», en *Literatura chilena, creación y crítica*, Ediciones de la frontera, n. 1, enero/marzo/invierno/1987, pp. 6-7.

⁴⁰ Anota Subercaseaux en *Chile o una loca geografía*: «Si en vez de este carácter indolente y apático que es el nuestro, hubiéramos nacido con el espíritu entusiasta e imaginativo de los americanos del norte, ya tendríamos geografías, películas y novelas de aventuras, donde alternan, en un ambiente tórrido y desértico, los morenos pampinos con los hieráticos indios de los salares atacameños; en el Pacífico, los cancas polinesios de la Isla de Pascua y los pescadores del valle de lord Anson, hijos de algún naufrago perdido en las playas de la isla de Robinson. Veríamos a los araucanos combativos y a las robustas mujeres que reman en los mares de Calbuco; a los chilotes, pequeños y locuaces, con sus caras de japoneses; a los alacalufes de los canales sombríos, navegando en sus canoas primitivas; a los cowboys de la pampa magallánica, con sus altas botas, su chaqueta azul de mecánico y la gorra con la visera puesta atrás, luchando contra las ráfagas del pampero; seguiríamos a los buscadores de oro a través de la Tierra del Fuego; y en el canal de Beagle nos contarían las historias de los loberos, mezcla de pescadores, contrabandistas y piratas, que recorren en sus cutters los canales del lejano sur, imponiendo su querer, sin otro freno que el de su propia ley». Benjamín Subercaseaux: *Chile o una loca geografía*, Santiago, Editorial Universitaria, 2005, pp. 54-56.

curioso el hecho, que se repite hasta ahora, que para encontrar hombres fuertes en Chile es preciso remontar hacia el norte [...]. A medida que avanzamos hacia el norte, el carácter es más franco, más abierto; la sonrisa aparece sin dificultad entre los dientes muy blancos y parejos; la musculatura es potente; alta la talla y desenvuelto el andar [...]. Nuestro “roto” norteño, tan superior al sureño, puede que sea un remanente mezclado de la vieja civilización atacameña y de los pescadores neolíticos del litoral.⁴¹

No es sólo la escisión entre dos modelos identitarios lo que obstruye la creación de una identidad nacional homogénea, sino también la ausencia de memoria del chileno, por lo cual éste se encuentra en la búsqueda incesante de sí mismo y del otro. El autor afirma que el chileno, principalmente a causa de la omisión deliberada del propio pasado indígena araucano se siente desorientado y, por ello, temeroso e inseguro ante los desafíos del futuro.⁴² Debido a que todo hombre privado de memoria es también despojado de su identidad, se impone la conclusión de que la nación chilena, por no tener una identidad articulada, está inhabilitada para contestar a los desafíos que le deparan el presente y el futuro. A causa de esta configuración de la identidad chilena, sesgada principalmente por el estancamiento temporal que imposibilita el fluir continuo y evolutivo de la nación, difícilmente se puede conseguir un país moderno.

A raíz de este “olvido identitario” hubo sobradas razones para que Subercaseaux sostuviera que el patriotismo chileno era un concepto incoherente e incompleto. El patriotismo del pueblo que niega aceptar su pasado representa, más bien, un concepto hueco, puesto que se construyó sobre fundamentos poco sólidos y poco convicentes.⁴³ Así, el origen de la nación que consistió en el choque aniquilador entre dos civilizaciones diferentes tuvo por consecuencia el atraso y la marginación de los pueblos indígenas, generando, de esta forma, la incertidumbre identitaria.

En los ensayos *Un Chile no conmemorativo* (1960) y *La historia del hombre inconcluso* (1962), Subercaseaux mantiene la mirada crítica hacia el chileno y vuelve a buscar las raíces de los males nacionales en la complicada geografía del país. Afirma, retomando el mismo

⁴¹ *Ibid.*, p. 47.

⁴² «Nuestro pueblo actual, que algunos, sin que yo sepa por qué, se empecinan en considerar casi limpio de toda sangre aborigen, está en realidad empapado en ella. *El chileno (salvo el aporte europeo que vino después y que jamás dominó en su psicología) es un mero accidente transitorio en una historia que remonta a doce mil años.* Semejante en esto a los chinos que tienen antepasados “chinos” del Cuaternario, nosotros llevamos en la sangre un sino misterioso que hace de nuestro pueblo una raza profundamente extraña e incomprensible al europeo llegado ayer». Benjamín Subercaseaux, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁴³ Apunta Subercaseaux sobre el patriotismo de los chilenos: «Cuando decimos que amamos a Chile y que somos patriotas, no tarda en asomar el detalle criollo y la imagen varonil del animoso araucano. Lo queramos o no, nuestro tesoro está ahí; y como dice la Escritura: "Donde está un tesoro, ahí está tu corazón"». *Ibid.*, p. 51.

tono fatalista que caracterizó *Chile o una loca geografía*, que la inestabilidad y la irresponsabilidad de los chilenos son condicionadas por la particular fisionomía del país:

Inestable, como la costra que lo sustenta; cambiante, como el destino de quien edifica hoy aquí, para tener que edificar mañana allá; todo es irresponsable, porque, ¿cómo buscar culpables si nuestros males del cuerpo y del alma son telúricos, casi metafísicos, puesto que no admiten razones? ¿O las tiene sólo en la mente divina, que no es la más accesible para la pobre mente humana? De ahí, quizás, la canción: «Soy como soy, y no como tú quieres. ¿Qué culpa tengo yo de ser así?»⁴⁴

Según Subercaseaux, la inestabilidad del chileno está estrechamente relacionada con el rechazo de la experiencia y de su importancia en el proceso de aprendizaje,⁴⁵ así como con su fascinación por los excesos, el peligro, lo prohibido, las imprecisiones y, al fin al cabo, con su continua atracción por la muerte. La opinión de Subercaseaux es tajante:

Es un “ser a disgusto” y posee un “apetito por la muerte”. Sus conversaciones son reservadas, cómplices, pecaminosas; no gusta de nada que no tenga sabor a prohibido, a pecado (muerte del alma). Sus goces consisten en excesos: peligros, reyertas, descuidos, imprecisiones que favorecen la muerte del cuerpo. El hombre del pueblo es un suicida refinado: un hombre que hace que su muerte esté ocurriendo durante toda su vida.⁴⁶

El autor continúa su visión desgarradora del ser chileno, señalando que se trata de un pueblo mediocre y perezoso, que solamente en ocasiones de peligro nacional o cuando se encuentra viviendo en el extranjero, logra exteriorizar sus virtudes.⁴⁷ Entre las prácticas habituales de los chilenos que, por cierto, provienen de su fascinación por la muerte, Subercaseaux considera especialmente perjudicial el alcohol. Consciente de lo mucho que su consumo está arraigado en la sociedad chilena y en cuán medida éste la degenera, afirma que el alcohol es una «lacrata fundalmetal» que se interpone en el camino hacia la modernidad. Asimismo, niega

⁴⁴ Benjamín Subercaseaux: «Un Chile no conmemorativo», *Zig-Zag*, Editorial Zig-Zag, n. 2892, 9 de septiembre de 1960; citado por Alfonso Calderón: «Benjamín Subercaseaux y una lectura de Chile», *El Mensaje*, Santiago, n. 320, julio de 1983, p. 351.

⁴⁵ El autor lo explica metafóricamente: «Nuestro país es el único, que yo conozca, donde se siembra eternamente y no se cosecha jamás. Y donde es también posible a la inversa: de cosechar sin haber sembrado nunca». Benjamín Subercaseaux: «La historia del Hombre Inconcluso», *Zig-Zag*, Editorial Zig-Zag, n. 2988, 13 de julio de 1962, citado por Alfonso Calderón, *op. cit.*, pp. 352-353.

⁴⁶ Benjamín Subercaseaux: «Apuntes para una psicología del chileno», en *Chile o una contribución a la realidad*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1939, pp. 72-73; citado por Calderón, *op. cit.*, p. 352.

⁴⁷ Escribe Subercaseaux: «Individuos mediocres y poco honestos, llegada la oportunidad, son capaces de un heroísmo puro y desinteresado; hombres venerables y probos amanecen un día transformados en estafadores o sátiros; un pueblo perezoso e inconsciente, ante un peligro nacional, se torna diligente, activo, esforzado; un guerrero admirable. Llevado a tierra extranjera, el amor propio del chileno lo transforma en un hombre eficiente como el que más; apto para cualquier trabajo de fuerza o precisión. Esto último es una confirmación de las cualidades que encierra en potencia y que no logra desarrollar hasta que se ha liberado de la depresión lugareña y ambiente». *Ibid.*

rotundamente que en Chile «habrá raza, moral, país, mientras haya alcohol y la “gracia” de beber alcohol».⁴⁸

Consciente de que el chileno no está acostumbrado al trabajo, sino que, al contrario, es proclive a los vicios, ni que mucho menos está interesado en aprender o adquirir nuevos conocimientos, Subercaseaux es escéptico ante el futuro del país, considerando la pereza,⁴⁹ la petulancia y la indolencia los principales obstáculos que impiden el desarrollo del país.⁵⁰ En un país donde el concepto de planificación y premeditación resultan enigmas y donde la mayoría de las cosas está dejada al don de sus habitantes para la improvisación,⁵¹ Subercaseaux concluye que Chile está condenado a divagar por las “periferias” del progreso y de la modernidad.

3.2.2. Horacio Serrano y Hernán Díaz Arrieta “Alone” – ideario político de Diego Portales como la solución para la crisis

El tema del carácter abúlico del chileno como un rasgo psicológico característico de los sectores populares, será ampliamente explorado por el ensayista chileno Horacio Serrano (1904-1980). En su estudio *El chileno, un desconocido* (1965) afirma que la principal causa de la inferioridad económica de Chile es la costumbre de sus habitantes a vivir sin examinarse, y por lo tanto, sin encontrarse. Recogiendo la idea planteada por Subercaseaux, quien enfatizaba la ausencia de memoria identitaria como la raíz de los males de Chile, Serrano pone de relieve el desconocimiento que el chileno posee de sí mismo.⁵² Afirma que el

⁴⁸ Benjamín Subercaseaux: *Retorno de USA*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1943, citado por Calderón, *op. cit.*, p. 353.

⁴⁹ La opinión de Subercaseaux es tajante: «Seres creados para estarse en un sillón, como el Dalai Lama, rodeados de una nube de servidores que les llevan hasta el bocado a la boca. Por esto me cuesta ser optimista en cuanto al provenir de Chile, porque jamás vi raza más inútil, testaruda y poco deseosa de aprender los menesteres esenciales para la existencia». Benjamín Subercaseaux: «El Maestro», *Zig-Zag*, Editorial Zig-Zag, n. 2563, 8 de mayo de 1954, citado por *ibid.*, p. 352.

⁵⁰ «Tienen una conducta vaga, dentro de la vía del menor esfuerzo, con el agravante de la petulancia que les hace creer que aquello resultará bien a pesar de todo. Si se trata de acomodar una institución cualquiera, de poner orden, dignidad, precisión, aunque más no sea en un club de deportes, surgirán las protestas, la inquietud de que se vaya a faltar al "déjalo así no más"». Benjamín Subercaseaux: «Sanciones», *Zig-Zag*, Editorial Zig-Zag, 24 de junio de 1950, citado por *ibid.*, p. 353.

⁵¹ Subercaseaux concluye: «Chile es tierra del más o menos y del "si quiere lo hace y si no lo deja". País en donde reinan la improvisación y los proyectos sin remate ni destino: "en invierno proyectamos; en verano descansamos de la fatiga que nos causó tanto proyecto, y nos entregamos a la más encantadora inconciencia"». Subercaseaux: «Otoño 1944», *Zig-Zag*, Editorial Zig-Zag, n. 2044, 26 de mayo de 1944, citado por *ibid.*

⁵² Serrano inicia la obra con la inscripción del oráculo de Delfos: «Conócete a ti mismo», puesto que opina que los males de Chile derivan del «desconocimiento que el hombre del país tiene de sus actitudes genuinas, de sus

desequilibrio producido entre el chileno, su medio y su historia, lo convierte en un ser ahistórico que, aunque no deja de plantearse la pregunta trascendental sobre su origen, en ningún momento logra encontrar la respuesta.⁵³ Serrano denuncia un excesivo descontento, puesto que intuye que las vacilaciones en el terreno personal fácilmente se desplazan al ámbito político. Todo aquel individuo que no tiene clara su propia identidad nacional, tampoco sabe cuáles son sus aspiraciones políticas. Por tal motivo, Serrano concluye que el chileno, en ausencia de claras aspiraciones políticas, está incapacitado para encauzar el país hacia el camino de la modernidad.

Serrano señala que el chileno funciona mejor como persona aislada que en conjunto con los demás connacionales. Individualmente el chileno es cuerdo y de buen juicio, lo cual ha moldeado a Chile como un país donde prima la democracia, el orden y la estabilidad institucional. Sin embargo, lo que le falta es el arranque definitivo, pues ante grandes objetivos de bien nacional el chileno suele reprimir sus ambiciones. Lo confirman tres acontecimientos históricos: la pérdida de la Marina mercante en la guerra contra España (1865-1866), la cesión de la zona oriental de la Patagonia en 1881 a Argentina⁵⁴ y la entrega del salitre a los empresarios extranjeros.⁵⁵

La relación entre el desarrollo económico y la identidad nacional chilena es el punto de partida del libro *¿Por qué somos pobres?* (1958). La tesis que sostiene Serrano es que Chile, a pesar de ser muy rico, es un país cuyos habitantes se encuentran sumidos en la profunda miseria material y espiritual, que en gran parte es causada por la difícil explotación de sus riquezas y el desequilibrio que existe entre la producción y el consumo. La errada política

vicios y virtudes». Citado por Javier Pinedo: «El pensamiento de los ensayistas y cientistas sociales en los largos años 60 en Chile (1958-1973). Los herederos de Francisco A. Encina», *Atenea*, Editorial Universidad de Concepción, n. 492, 2005, p. 105.

⁵³ Escribe Serrano en *El chileno, un desconocido*: «Pascal se formuló su trascendental interrogación: ¿Quién soy yo? El ciudadano chileno puede formularse a sí mismo, en cualquier momento, la misma pregunta. Y en ningún momento encontrar respuesta». Citado por *ibid.*

⁵⁴ Con el Tratado de Límites firmado entre Chile y Argentina en 1881 se sentaron las bases de la frontera entre los dos países. Fue definida la línea fronteriza en Tierra del Fuego entre el Cabo del Espíritu Santo y el Canal Beagle. Al sur de este canal todas las islas pertenecerían a Chile, mientras que sería argentina la isla de los Estados y las demás islas en el Atlántico al Oriente de la Tierra del Fuego y costas orientales de la Patagonia. Asimismo, mientras que la Argentina reconocería la soberanía chilena en el Estrecho de Magallanes, Chile reconocería la soberanía argentina sobre la Patagonia Oriental.

⁵⁵ Hacia 1900, la industria salitrera chilena estaba mayoritariamente en manos extranjeras, en particular británicas y en menor medida alemanas. Sin embargo, el impacto de la Primera Guerra Mundial acabó con la presencia alemana y disminuyó aquella británica, dejando, de esta manera, el camino libre a la penetración del capital norteamericano. Cfr. Gazmuri, *op. cit.*, pp. 64-67.

económica, causante de lo que el autor denomina la “desconformación económica”,⁵⁶ origina el descontento de los chilenos, quienes se sienten desmotivados ante la ausencia de beneficios tangibles de su compromiso laboral. Para corroborar sus tesis el autor se sirve de cuatro aspectos fundamentales: la naturaleza, el transporte, el hombre y su actitud ante la naturaleza. Constata que un país aislado y lejano como Chile, con una naturaleza escasa no puede pretender ser un país agrícola.⁵⁷ Con respecto al transporte, la opinión de Serrano es aún más firme, puesto que el autor señala que el transporte «que involucra en sí situación y accesibilidad, es en el caso de Chile, evidentemente, malo».⁵⁸ De modo similar a Subercaseaux, la visión que tiene Serrano del ser nacional está impregnada de connotaciones negativas que se derivan del mestizaje entre dos pueblos de numerosas limitaciones caracteriales que explican el estancamiento económico del país. De hecho, la mezcla entre araucanos y españoles dio origen a un ser guerrero, despreciativo del trabajo y, por consecuencia, refractario a la modernidad.

La propuesta que ofrece Serrano para solucionar los problemas nacionales es adoptar el proyecto nacionalista planteado por el insigne político chileno Diego Portales.⁵⁹ Serrano no

⁵⁶ Serrano concluye: «Verdaderas o falsas, las interpretaciones del desarrollo económico nacional producen algo que es muy real y que a falta de una mejor expresión, bien podría llamarse *desconformación económica*. A medida que el país crece, los habitantes pierden fe en el fruto que corresponde a su trabajo. Deberían tener mucho y tienen poco». Horacio Serrano: *¿Por qué somos pobres?*, Santiago, Editorial Universitaria, 1958, p. 9.

⁵⁷ Explica Serrano: «De cada 100 hectáreas de superficie total, 30 no tienen valor agrícola de ninguna clase – desiertos, roquerías, tierras invadidas por la arena, glaciares – 30 son terrenos llamados boscosos, sin bosques de gran valor, son matorrales de escaso crecimiento, cerros y quebradas con alto grado de erosión. De 100, van 60 prácticamente perdidas. De las 40 restantes, 30 sirven para el pastoreo extensivo, de temporada en su mayor parte. Y sólo 10, restantes de las 100 primitivas, son arabales y pueden llamarse de primera utilidad». *Ibid.*, p. 38.

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ Diego Portales (Santiago, 1793 - Valparaíso, 1837) fue uno de los personajes chilenos más destacados del siglo XIX, considerado el fundador de la institucionalidad de Chile. En la guerra civil de 1829-1830, Portales encabezó las fuerzas conservadoras – los *pelucones* – quienes, oponiéndose a los liberales, *pipiolos*, a los que acusaban de haber sumido el país en la anarquía y haber pregonado las libertades públicas inadecuadas para la sociedad chilena, luchaban por la instauración de un gobierno autoritario, centralizado, cercano a la Iglesia Católica y que reservara la participación en cuerpos colegiados casi exclusivamente a la oligarquía terrateniente y minera en cuyas manos se acumulaban poder e influencias.

Tras el triunfo conservador en 1830 (batalla de Lircay), Diego Portales fue elegido Ministro de Guerra y Marina (1830), llegando a ejercer una gran influencia en el panorama político chileno. Sus principales logros fueron la instauración del principio de autoridad y, apoyado en las ideas positivistas, haber privilegiado el orden por sobre las libertades. La Constitución de 1833 recogería sus principios, institucionalizando el denominado “orden portaliano”, que haría de Chile una de los países políticamente más estables del continente. La pugna por un gobierno fuerte y autoritario, así como por la implantación de un ideario político de orden y obediencia se debe, en primer lugar, a la convicción de Portales de que éstos eran únicos modelos que podrían resultar venturosos en Chile y en cualquier país de la región: «La Democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan

oculta la admiración que siente por Portales, al quien atribuye los méritos de la transformación de Chile de un país guerrero al cívico. Partiendo del presupuesto que en Chile aún no se habían creado las condiciones necesarias para el sistema democrático, Portales organizó la república a partir de sólidas bases que permitieron instaurar el orden y la estabilidad, con un gobierno fuerte y autoritario.⁶⁰ Fue así, en la época del predominio político de Diego Portales, cuando en Chile se originó la imagen triunfalista de un país política y económicamente superior de América Latina, cuyos habitantes se consideraban los “ingleses de América del Sur”.⁶¹ Finalmente, esta es la razón por la cual Serrano evocó la necesidad de adoptar el proyecto de Portales, pues en su pensamiento político vio una oportunidad para enfrentar los desafíos que requería el país para alcanzar el desarrollo.

El influyente crítico literario y escritor chileno, Hernán Díaz Arrieta (1891-1984), conocido por el seudónimo “Alone”, concuerda con Serrano en varios aspectos. En la «Crónica literaria» de *El Mercurio* del noviembre de 1973, Alone hizo la reseña del libro de Serrano *¿Por qué somos pobres?*, donde negaba la tesis de que Chile fuera un país agrícola, señalando que sus habitantes eran seres belicosos, inexpertos en los asuntos de la agricultura.⁶² El doble raigambre en el pueblo español y el pueblo aborígen araucano dio origen al modo de ser del chileno medio - holgazán y embustero – características que agudizaron la pobreza e impidieron el desarrollo del país. Asimismo, coincidía con Serrano en que únicamente un líder de estatura política de Diego Portales podría crear las condiciones necesarias para superar las deficiencias presentes en la sociedad y, sobre todo, fortalecer las perspectivas del progreso.

Díaz Arrieta se suma a la lista de los autores chilenos quienes diagnosticaron la crisis que a mediados del siglo XX se vivía en la sociedad chilena. Sin embargo, a diferencia de los demás autores que buscaban las causas de la crisis en el pasado nacional, Díaz Arrieta encontraba las

moralizado, venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual». Raúl Silva Castro: *Ideas y confesiones de Portales*, Santiago, Editorial del Pacífico S. A., 1954, p. 145.

⁶⁰ Serrano alaba la figura de Portales: «Portales. Fue un hombre extraordinario. Fue él quien tomó al chileno y lo levantó por sobre los motines y revueltas del soldado cortando sus raíces auténticas formadas por la guerra eterna, y lo colocó, mutilado, sobre un plano de orden, de autoridad y decencia ajeno a los cuarteles». Horacio Serrano, *op. cit.*, p. 64.

⁶¹ Jaime Valdivieso: *Chile: un mito y su ruptura*, Santiago, Ediciones Literatura americana reunida, 1987, p. 11.

⁶² Díaz Arrieta coincide con Serrano al opinar: «El pueblo proviene de soldados españoles y guerreros araucanos, soldados admirables, guerreros heroicos, pero inhábiles para la agricultura, las industrias o el comercio y que los despreciaban como ocupación indigna». «Crónica literaria», *El Mercurio*, 11 de noviembre de 1973, citado por Pinedo (2005), p. 102.

raíces del malestar nacional en el momento actual. En su libro *En la batalla política* (1974), desde la posición de un intelectual conservador, Alone realiza una dura crítica del gobierno de la Unidad Popular⁶³ y de la presidencia de Salvador Allende. Alone comparte la idea de los demás ensayistas de la época que Chile fue una excepción dentro del cuadro de los restantes países latinoamericanos, pues fue marcado por el orden político e institucional creado por Portales. En la actualidad, por la ausencia de un líder político de porte de Portales, así como por la deficiente política del gobierno de Allende, en Chile se produjo desorden y estancamiento político y económico. Uno de los aspectos que más fuertemente criticó Alone fue la implementación de la Reforma Agraria a partir de la llegada al poder de la Democracia Cristiana y el presidente Eduardo Frei Montalva (1964-1970), continuada durante el gobierno de Salvador Allende (1970-1973), con el fin de expropiar los latifundios y traspasarlos a la administración estatal, cooperativas agrícolas o asentamientos campesinos. Alone se mostraba contrario a esta política, en primer lugar, porque ésta atacaba el latifundio, uno de los pilares fundamentales en el que se basaba la estructura social chilena, y en segundo lugar, se oponía a la entrega de la tierra a los campesinos, porque sostenía que su precaria educación, así como su carácter indolente y perzoso, los hacía incapaces de hacerse cargo de esta labor.

Pese a las críticas extendidas en la época que ponían de relieve la monopolización del poder por parte de la oligarquía y su falta de interés por las demás clases de la sociedad, Alone consideraba que la crisis en Chile se debía en gran parte a la ausencia de la antigua oligarquía conservadora. De hecho, fue la oligarquía que construyó el Estado y que trajo a Chile a Andrés Bello, el humanista cuyas contribuciones marcaron un notable avance en varios aspectos de la vida chilena.⁶⁴ Díaz Arrieta profesaba admiración por el gran humanista latinoamericano, considerando su aporte durante la estancia en Chile la culminación intelectual y espiritual de la empresa portaliana. Por ello, en la opinión de Alone, los cimientos de la sociedad chilena eran dos: el orden portaliano y la campaña civilizadora de Bello. En efecto, la actividad de Portales y Bello creó las condiciones para la instauración de un orden sólido en el que no hubo espacio para las anarquías ni las revoluciones sociales. Por consiguiente, Alone concibe la historia de Chile como una permanente disputa entre dos

⁶³ Unidad Popular (UP) fue una coalición electoral de partidos políticos de izquierda de Chile, formada en octubre de 1969 con motivo de las elecciones presidenciales en noviembre de 1970, que llevaron a la presidencia de la República a Salvador Allende.

⁶⁴ Andrés Bello (Caracas, 1781 – Santiago, 1865) fue impulsor y redactor del Código Civil entrado en vigencia en 1857, con su apoyo se fundó en 1842 la Universidad de Chile, de la que fue rector por más de dos décadas (1843-1865), se le considera el primer tratadista de Derecho Internacional Público en lengua española, y como último, fue autor de la *Gramática de la lengua castellana* (*Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, 1847), obra fundamental de la filología española.

fuerzas opuestas: el *orden social* que lleva al progreso y la *anarquía* que hunde el país en el subdesarrollo. El portador del orden social fue la oligarquía conservadora, a la cual anteriormente fueron opuestos los liberales, mientras que en la actualidad los agentes de la subversión del orden social fueron los políticos demócrata cristianos y socialistas.

3.2.3. La visión antipopular de Luis Oyarzún y Raúl Silva Castro

El ensayista Luis Oyarzún Peña (1920-1972) dedicó parte de su trabajo literario al estudio de la cultura chilena. Fue miembro de la llamada Generación del 38, un movimiento artístico-literario que surgió en la época en que Chile pasaba por un proceso de transición económica y social, provocado por la gran crisis económica producida en Estados Unidos, así como por las convulsiones que se expandían por el continente europeo, y que resultarían en el estallido de la Guerra Civil Española⁶⁵ (1936-1939) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). En este contexto, Luis Oyarzún y los demás integrantes de la Generación del 38 - Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Jorge Cáceres, Jorge Millas - emprendieron la tarea de ir en «búsqueda de lo genuino, de la autenticidad, de eso que llaman la identidad».⁶⁶

La búsqueda identitaria está presente en gran parte de la obra de Oyarzún. En 1967 se publicó el libro de ensayos titulado *Temas de la cultura chilena*, donde el autor analiza algunos tópicos de la cultura nacional: la poesía de Gabriela Mistral, la relación que existe entre la producción literaria y la sociedad y la documentada crónica de su generación literaria. Lo que despierta especial interés es el primer ensayo *Resumen de Chile* en el que Oyarzún, de manera muy parecida a Subercaseaux, encuentra las raíces del malestar de Chile en el aislamiento

⁶⁵ En Chile fue especialmente fuerte el impacto producido por la Guerra Civil Española. El mismo Oyarzún señala: «Era el año 1936. De pronto sobrevino algo que vino a romper muchas de las imágenes felices [...] y a cambiar considerablemente el destino de la literatura y de la historia: la Guerra Civil española. Los que hoy tienen menos de 30 años apenas si podrían imaginar el efecto que aquel hecho produjo en todo el mundo, y especialmente entre los escritores latinoamericanos. Aun a los más jóvenes, nos obligó a un examen de conciencia y a una toma de posición». Luis Oyarzún: *Taken for a Ride*, Santiago, Editores RIL, 2005, p. 15.

⁶⁶ Son las declaraciones que el poeta de la Generación del 38, Gonzalo Rojas, expresó en la revista *Piel de Leopardo*, n. 5, 1994, citado por Pamela Soto García: «El inicio de la historia de las ideas en Chile. Una mirada al conflicto entre identidad y modernización desde su Independencia». Ponencia Mendoza, UNCuyo FCPyS. http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/610/SotoGarcia_pon_iniciodelahist.pdf (fecha de consulta 27 mayo 2015).

geográfico del país que se manifestó en la pobreza económica y cultural,⁶⁷ así como en el frustrado desarrollo de Chile.

Oyarzún insiste en la imagen de la sociedad chilena que está dividida por la confrontación ideológica y política entre liberales y conservadores. Afirma que detrás de este conflicto se esconden dos arquetipos del chileno: el *roto* (“pata de perro”, “patiperro”⁶⁸), hombre de imaginación y pasión, de estilo de vida aventurero y el *huaso*, sedentario, conservador, prejuicioso, de mentalidad agrícola. Aplica esta dicotomía a toda la historia social y cultural del país como un conflicto permanente:

Es curioso ver cómo esta dicotomía de tipos humanos –el huaso y el roto andariego – halla expresiones significativas en la historia social. Por una parte, el chileno vivo de fantasía y más o menos ligero de cascos que sale del país, sin ligarse o sentirse ligado a nada establecido, con cierta vocación universalista de meteco, con la picazón de correr mundos. Por otra, los graves senadores, agricultores y huasos a quienes nadie les viene “a contar cuentos”, los hombres de la gleba de todas las clases sociales.⁶⁹

Así como existen dos tipos del ser nacional, Oyarzún afirma que en Chile existen dos países opuestos: uno, en el que prima la democracia, el orden, la libertad y la cultura. Se trata del Chile blanco, europeo, burgués, ilustrado que, por progresar en paz y orden social, posee todas las condiciones necesarias para convertirse en un país modelo para el resto de América Latina. El otro es el Chile mestizo, popular, rural, poblado de individuos inseguros, que prefieren la imitación a la creación. Es el Chile que no logra desarraigar la pobreza ni mucho menos encaminarse hacia la modernidad. Así, la desigualdad social nace como consecuencia de esta doble identidad nacional, puesto que las riquezas y la economía de Chile se encuentran repartidas entre pocas familias, que a su vez responden al prototipo de *huaso* conservador descrito por Oyarzún. Por lo tanto, hace falta «repensarlo todo»,⁷⁰ es decir mantener lo

⁶⁷ Oyarzún escribe en *Temas de la cultura chilena*: «Descubrimos de pronto, abandonando la insularidad subyacente en nuestra historia, que somos un pequeño país lejano y pobre, comparativamente cada vez más lejano y pobre. Un país que, por pobreza, tiende a cerrarse sobre sí mismo y a hacerse, por lo tanto, más pobre todavía. Pero comprendemos también que no debemos seguir tan aislados ni ser tan pobres».

Con respecto a la pobreza cultural Oyarzún anota: «Chile es un país sin palacios antiguos ni templos imponentes, sin ruinas señoriales de ninguno de sus ocupantes sucesivos. Concepción, por ejemplo, la segunda ciudad del país durante cuatro siglos, no tiene una sola mansión colonial, siquiera en ruinas, que mostrar al visitante interesado en su azarosa historia [...]. En Valparaíso no hubo un solo teatro hasta la tercera década del siglo». Luis Oyarzún: *Temas de la cultura chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1967, pp. 12-14, 32.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 16.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 17.

⁷⁰ «Tenemos que repensarlo todo. Volver a plantear nuestros problemas, rompiendo algunas tradiciones añejas y confirmando a otras, en la comunidad de una nueva América Latina. Tenemos que reactualizar nuestro régimen de libertad – honorable en América - para que ésta sea libertad jurídica. Pero esto no significa hasta hoy, a juicio de la mayoría de los chilenos, que tengamos que abjurar de nuestro pasado de democracia política, propia de un país que ha sido, en efecto, un asilo contra la opresión en nuestra América. Debemos atrevernos a ser audaces y

positivo del pasado - tolerancia, orden, libertad – y al mismo tiempo mejorar lo negativo, para así crear en Chile una sociedad universal. Oyarzún no duda del éxito de tal proyecto, puesto que la orfandad cultural del país permite a los chilenos sentirse ciudadanos del mundo e identificarse con las distintas herencias culturales:

Podemos sentirnos asociados a todas las culturas fundamentales de la historia y del presente. Estamos haciéndonos y siempre las culturas se hicieron así, con mestizaje y transculturación. Podemos sentir íntimamente el valor de las culturas orientales y occidentales y transformar este caudal en movimiento hacia un ecumenismo para el cual no se encuentran tan abiertos otros pueblos más ricos, prisioneros de sus patrones inveterados o de sus programas de vida demasiado estrechos. Como querían iluministas y románticos, podemos seguir siendo la Virgen América, la tierra del hombre universal, sin prejuicio de razas, de tradiciones excluyentes, de religiones o de sectas económicas y políticas.⁷¹

En el *Diario íntimo* aparecen muchas de las ideas que Oyarzún publicó como ensayos en *Temas de la cultura chilena*. El diario, que fue publicado póstumo en 1990 (edición censurada) y en 1995 (edición completa), se extiende desde 1949 con el viaje de Oyarzún a Inglaterra, becado por el British Council, hasta la víspera de su muerte en Valdivia en 1972, abarcando todas las facetas de su personalidad: angustias, reflexiones, críticas, elogios, retratos de diversos personajes de su tiempo, descripción de paisajes chilenos y extranjeros. El diario, escrito en su mayor parte en el transcurso de viajes por Chile, América, Europa y Asia, por su extensión, el rigor de la imagen y del comentario, la unidad del pensamiento transmitido, es considerado como la realización más importante del género del diario íntimo en Chile e Hispanoamérica.⁷² Aunque el lugar de enunciación esté en constante desplazamiento, llegando a involucrar diferentes continentes y culturas, la mirada del autor está casi siempre volcada hacia Chile y sus habitantes. La forma del diario, pues, resulta el marco idóneo que permite al autor realizar una crítica de la cultura chilena, así como exponer sus observaciones acerca de la identidad y la conciencia nacional chilena.

Oyarzún insiste en el permanente estado de crisis y la pobreza económica y espiritual de Chile. De hecho, el diagnóstico que ofrece el autor muestra un gran parecido con el análisis de Díaz Arrieta. Ambos ensayistas expresan temor ante la posibilidad de que los sectores populares, ignorantes, tecnológicamente atrasados y carentes de sentido estético, se hicieran

utilizar hasta el humor escéptico de nuestro pueblo, como correctivo de los dogmatismos que nos amenazan, por dentro y por fuera.» *Ibid.*, pp. 34-35.

⁷¹ *Ibid.*, p. 37.

⁷² Son las declaraciones de Leonidas Morales en su prólogo al *Diario íntimo*. Luis Oyarzún: *Diario íntimo*, Santiago, Departamento de Estudios Humanísticos, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile, 1995, pp. 7-20.

cargo del futuro del país. Según Oyarzún, el subdesarrollo de Chile se ve reflejado, principalmente en la falta de compenetración del pueblo con la naturaleza.⁷³ La indefensión que en los países subdesarrollados provoca el poder expansivo de la modernidad, los induce a la destrucción de la naturaleza. La imposibilidad de establecer el diálogo con la naturaleza es, en realidad, el indicio del desarraigo identitario del chileno, que no le permite acceder a un nivel cultural superior.⁷⁴ La principal manifestación de estas deficiencias del chileno es la carencia del sentido estético, es decir el cultivo de la fealdad. Así, Oyarzún se refiere a varios pueblos del sur de Chile - Carahue, Nueva Imperial, Collipulli, Gorbea - como a «los más feos del orbe, sin flores, ennegrecidos por el uso y el desuso, calcinados por el sol, desabrochados por las lluvias», cuyos habitantes son descritos como «indignos de su paisaje natural, fantasmas ciegos».⁷⁵ Más adelante, Oyarzún critica de los chilenos su falta del aprecio por el trabajo. Puesto que exalta el trabajo como una forma de redención y no únicamente como un medio para subsistir, es comprensible el escepticismo acerca del futuro progreso y el desarrollo del país:

Pero es curioso también el que el hispanoamericano en general se niegue a conceder al trabajo una significación trascendente dentro de la existencia humana. Se quisiera instaurar desde luego una sociedad paradisiaca en la que el hombre, sin mediación de ninguna clase, vale por sí mismo, por lo que es y no por lo que hace ni por lo que tiene. Se desconoce el rol de auto-revelación del esfuerzo disciplinado, y, por lo mismo que los oscuros ideales que se pretende realizar son absolutamente inalcanzables sin un cambio radical del mundo, se cae por lo común en una suerte de escepticismo vitalista que se manifiesta bajo la forma de un culto sombrío a la vida en cuanto vida, lo que naturalmente lleva a la desintegración de la conducta individual y social, a la admiración del borracho, del criminal, del bandido, del disipado y del “hombre fuerte”, admiración no exenta paradójicamente de desprecio.⁷⁶

Sin embargo, las perspectivas de Oyarzún respecto al futuro nacional no parecen del todo sombrías. El autor reelabora la tesis ya expresada en *Temas de la cultura chilena* y afirma que la confluencia de distintas culturas y tradiciones propia de la sociedad chilena y del resto de

⁷³ Anota Oyarzún durante su paseo por Río Piedras (Puerto Rico), 24 de octubre de 1950: «No hay grandes árboles ni abundan las flores. El verdor lo dan sólo arbustos y pastos. Hay, en cambio, demasiadas carreteras de asfalto, camiones y automóviles. Casi no existe paisaje [...]. Uno de los rasgos más dolorosos en los llamados países nuevos, o países de la explotación en masa, es esta violenta muerte del paisaje primitivo, de los viejos árboles, de los jardines naturales y de la libertad de la naturaleza. Siempre me sorprendió en Europa la abundancia del bosque, de praderas silvestres, de flores [...], en contraste con esta América pelada, de tierras secas, muertas o planificadas que el hombre va chupando con avidez implacable». *Ibid.*, p. 66.

⁷⁴ «El chileno proyecta su feísmo de población callampa a la naturaleza y por eso no le cuesta arruinar su hermosura. El no mira el paisaje ni tiene la capacidad de verlo en perspectiva, que exige una condición mental superior, la facultad de desprendimiento estético y moral. Los montes, las selvas, las cascadas impresionan al chileno por su magnitud, como expresión espectacular de fuerza, y no por su belleza, tal como podrían deslumbrarlo un portaviones o un terremoto». *Ibid.*, p. 328.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 329.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 63.

los países del continente, puede ser ventajosa, visto que permite a Chile y a los demás países americanos integrarse más fácilmente en los circuitos de la sociedad mundial.⁷⁷

Una perspectiva similar a la de Luis Oyarzún ofrecen los ensayos del periodista, profesor, crítico literario y ensayista chileno, Raúl Silva Castro (1903-1970). En su libro *Estampas y ensayos* (1968), constituido por un conjunto de ensayos literarios, Silva Castro ofrece una imagen de Chile como un país social y económicamente profundamente dividido. En el ensayo titulado *¡No más roto chileno!* arremete contra la tendencia de las clases oligárquicas chilenas a referirse a los estratos populares recurriendo a la expresión *roto* chileno. Silva Castro reflexiona sobre el significado de la palabra “roto” y de sus derivaciones – “rotadas” o “roterías” y “roteques” – a partir del juicio negativo del español José Joaquín de Mora,⁷⁸ quien describió a los chilenos como «dandies por fuera y por dentro rotos»,⁷⁹ es decir como personas cuyos modales elegantes y gentiles les servían de coraza para esconder su carácter mediocre y pusilánime:

Dandies, esto es, elegantes, son por fuera los chilenos, puesto que se visten, se acicalan, se perfuman, adoptan aires elegantes y armónicos, sonríen, lanzan frases de halago, caminan con parissonia, saludan, se hacen ademanes de efusión y de simpatía; pero por dentro son rotos, porque todo aquello es afectación, sin pizca de sinceridad. Por dentro se lastiman, se odian, se persiguen, se hacen zancadillas; el vecino celebra el mal de su prójimo, y uno y otro rivalizan en buscarse pronto el lado más flaco y débil para hundir en él la puñalada certera que habrá de cortar una vida.⁸⁰

⁷⁷ «¿Cuál o cuáles son nuestras tradiciones en el arte y en la cultura? Todas para nosotros, latinoamericanos, todas, todas sin excepción hasta las polinesias, y, por cierto las africanas y asiáticas [...]. Es ésta una ventaja cultural contrapesada por tantas otras desventajas de nuestros países. Sentir todas las tradiciones como propias [...]. ¿Podrá un chino abandonar su cielo alveolar del Reino Medio y hundirse con toda la cabeza y todo el sexo en el arte contemporáneo? ¿Podrá un francés ser chino? Lo podrán, en muchos años, cuando la conciencia y la inconciencia humanas hayan llegado al nivel planetario. Nosotros lo podemos ahora, porque hemos surgido de un maridaje de tradiciones en conflicto, que a veces llegan a armonizarse, como en el barroco colonial y en la poesía y pintura contemporáneas de la América Latina». *Ibid.*, pp. 498-499.

⁷⁸ El escritor, periodista, jurista y educador español José Joaquín de Mora (Cádiz, 1783 – Madrid, 1864) estuvo en Chile entre 1828 y 1831, donde destacó por su actividad intelectual y educadora. En 1829 fundó en Santiago el Liceo de Chile, participó en la fundación de la revista mensual *El Mercurio Chileno* (1828-1831), redactó la Constitución de 1828, estrenó las comedias *El marido ambicioso* y *El embrollón*. Conocido por sus ideas liberales, atacaba el gobierno conservador que, por lo tanto, ordenó su expulsión del país en 1831. Mora respondió con un agrio poema titulado *A Chile*: «Un conjunto de grasa y de porotos, / con salsa de durazno y de sandía; / pelucones de excelsa jerarquía / dandys por fuera, y por dentro rotos. // Chavalongo, membranas, pujos, cotos; / alientos que no exaltan ambrosía, / lengua española vuelta algarabía, / erutos que parecen terremotos. // En vez de mente masa tenebrosa, / no ya luz racional, sino pavesa, / que no hay poder humano que la encandile; // Mucha alfalfa, mal pan, chicha asquerosa; / alma encorvada, y estatura tiesa... / Al pie de este retrato pongo: Chile». Citado por Vicente Urbistondo: *El naturalismo en la Novela Chilena*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1966, p. 154.

⁷⁹ Raúl Silva Castro: *Estampas y ensayos*, México D. F, Fondo de cultura económica, 1968, p. 117.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 117-118.

Puesto que la expresión “roto” encierra connotaciones negativas del carácter del chileno (popular), Silva Castro considera irrazonable referirse en estos términos a la mayoría de la población de Chile. En vez de la autodenigración, que en la opinión del autor, es una de las características principales de los chilenos, lo que propone es atenuar las discordias y conseguir su verdadera unión. El mayor esfuerzo deberían hacer las clases dominantes en Chile que deberían educar y preparar al pueblo para que así su conocimiento y capacidades sean útiles para toda la comunidad.⁸¹ Solo así Chile podrá prosperar, y ocupar «un sitio que haya de corresponderle entre todos los demás países de la Tierra».⁸²

En el ensayo *Verdejo y anti-Verdejo* Silva Castro vuelve a oponerse a la creación infamante y ofensiva del pueblo chileno. Desmiente la existencia del “Verdejo”, una caricatura creada en 1931 y transformada en revista cómica con mucha aceptación popular. “Verdejo”, quien tiene indudable relación con el “roto”, representa un hombre flaco, bajo, con boca desdentada, ropa zurcida, sombrero estropeado, a quien la clase gobernante no concede los derechos al trabajo ni a la educación, sino que al contrario, detrás de una aparente simpatía, lo rechaza por su condición mestiza, su modo de ser, y especialmente por su picardía, su sensualidad y su tendencia a la disolución y la fiesta. En la opinión de Silva Castro, el pueblo chileno en vez de reconocerse en el “Verdejo”, debería encontrar otros referentes que le permitan expresar su orgullo nacional:

El pueblo de Chile – nos dicen - no puede reconocerse en este ejemplar de ex hombre. [...] Verdejo no posee otro orgullo que el de sus harapos, a los cuales debe proteger de la intemperie por temor de quedarse en cueros. ¿No habrá en el pueblo chileno motivo cierto para otro orgullo más elevado? El pueblo que arañó la costra del salitre antes de que sobre ella flameara la estrella de Chile; que surcó los mares en demanda de la riqueza de California; que desafió el poder de España en 1866; que diariamente lucha contra la avaricia de un suelo de difícil dominio, aun cuando no exento totalmente de riquezas que sin el brazo y el cerebro del hombre nada valen, ese pueblo tiene derecho a ser orgulloso dentro de la relatividad de las cosas humanas.⁸³

Identificarse con el “Verdejo” revela la falta de criterio de los chilenos, quienes en esta figura «mal oliente, pringosa e infrahumana»⁸⁴ ven sintetizadas las virtudes nacionales. Hasta que el pueblo chileno no se aleje del “Verdejo” ni acepte que se trata de un arquetipo que en vez de

⁸¹ Escribe Silva Castro: «Los hombres que se sienten superiores no pueden legítimamente despreciar a los que creen inferiores. Lo único que les queda permitido es ayudar al inferior a que se vaya refinando en su comportamiento y domine algún arte, industria, profesión u oficio que al ser útil a la patria y a la comunidad nacional sea asimismo de provecho para quien lo practica». *Ibid.*, p. 120.

⁸² *Ibid.*

⁸³ *Ibid.*, pp. 103-106.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 101.

empujarlo para adelante, lo tira para atrás y no lo reemplaza por otro símbolo que encarna valores positivos, Chile no será un país próspero y moderno.⁸⁵

3.2.4. Hernán Godoy Urzúa – tensión dialéctica entre “voluntad de ser” y “aspiración al orden”

Con el fin de explorar principales rasgos de Chile como entidad política y del carácter de sus habitantes, Hernán Godoy Urzúa (1920-1997) reúne en el libro *El carácter chileno* (1977) los ensayos más representativos de los autores chilenos y extranjeros dedicados al estudio de Chile y de sus habitantes. Los reparte en cuatro etapas más importantes de la historia de Chile: la época de la Conquista, el periodo de la Colonia, la época de la organización del estado tras la Independencia en el siglo XIX y el siglo XX, marcado por la crisis de la sociedad tradicional, momentos de agitación social y política y un renovado interés por la identidad nacional. Afirma que la identidad chilena se presenta como una tensión dialéctica, puesto que consiste en un constante desplazamiento entre el polo activo y pasivo. El predominio del polo activo o de “la voluntad de ser” implica la preeminencia de rasgos activos: irrumpe el espíritu aventurero y de iniciativa, el afán de progreso, vale decir, emergen las características propias del “roto”, que sin su contrapeso pasivo conducen a la anarquía. Por otro lado, ante el predominio del polo negativo o de “la aspiración al orden” emergen los defectos del chileno: su temor al ridículo, su carácter inhibido, inseguro, frustrado, conformista, falto de imaginación y audacia.⁸⁶ Esta faceta negativa del chileno surge como consecuencia de la fuerza controladora de los grupos dominantes, o como afirma Godoy, como consecuencia de la “sobrepotección institucional” o “sobresocialización”.⁸⁷ La influencia decisiva que en el proceso de la “sobresocialización” tuvieron la Iglesia Católica y el Estado se debe en gran parte a la falta de las organizaciones intermedias entre las clases dominantes y el individuo. De hecho, los sindicatos, asociaciones profesionales, clubes y uniones laborales, si es que

⁸⁵ «La urgencia de reducir a Verdejo a lo que debe ser, es decir, a una caricatura sin raigambre alguna en el espíritu chileno, se pone de relieve cuando se contemplan las cosas desde el punto de vista del ideal nacional. ¿Podríamos hacer una patria grande y feliz si eleváramos el dicho plebeyo de Verdejo a la catagoría de norma? [...] Si Verdejo hubiera sido el ideal nacional de ayer, si fuera el de mañana, ¿prosperaríamos? [...] Y como la voz de su conciencia les está gritando la respuesta, no deben retenerse. Sobre la estampa vermicular del Verdejo debe trazarse un “No” que la cubra entera y para siempre». *Ibid.*, pp. 105-106.

⁸⁶ Anota Godoy: «El polo activo del carácter chileno puede expresarse en la "voluntad de ser" y el polo pasivo en la "aspiración al orden", para emplear dos expresiones célebres con que se ha definido Chile. Y esta dialéctica entre el impulso motriz y la fuerza reguladora puede explicar la dinámica histórica del carácter chileno». Hernán Godoy: *El carácter chileno*, Santiago, Editorial Universitaria, 1977, p. 448.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 446.

existían del todo, tenían muy poca influencia. De esta forma, el marcado carácter patriarcal de la sociedad chilena contribuyó a confirmar la diferenciación de la estructura social y a agudizar la conflictividad entre las clases socioeconómicas chilenas.

Por lo tanto, lo que destaca Godoy es la necesidad de conseguir el equilibrio entre dos extremos caracteriales. El autor no duda de la viabilidad de tal proyecto, puesto que en la historia nacional chilena se registraron momentos en los que ya se había alcanzado la síntesis de la “voluntad de ser” y de la “aspiración al orden”: el proceso de la independencia política y organización republicana entre 1810 y 1830, la extensión al norte del país durante la Guerra del Pacífico (1879-1883), la ocupación del estrecho de Magallanes en 1840 y la fundación de la Armada de Chile en 1817.

3.2.5. Chile como “mito” en los ensayos de Ariel Peralta y Jaime Valdivieso

La producción ensayística de Ariel Peralta (1939-) es condicionada por su visión contrapuesta del continente latinoamericano. Si por una parte el autor resalta el hecho de que América sea una *terra incognita* y, por lo tanto, el continente de futuro, por otra, destaca sus rasgos negativos, la tendencia a la anarquía, la violencia y el dominio de dictadores y caudillos.

En su primer libro, *El cesarismo en América Latina* (1966), Peralta afirma que en un continente como América Latina que todavía no ha terminado su formación, es preferible aplicar la política dirigida por un “césar”, es decir, un gobernador, quien con mano férrea sea capaz de imponer el orden y la estabilidad. Asimismo, señala que la modernidad es incompatible con América Latina, debido al anarquismo y la naturaleza mestiza de sus países. Para poner en marcha el desarrollo económico y social de los países latinoamericanos y corregir la baja de los estándares de vida de la mayoría de la población, habría que conseguir la unión entre el elemento indígena y español. Sin embargo, Chile posee ciertas peculiaridades que lo hacen sobresalir en el contexto anárquico y convulso de los países latinoamericanos. En primer lugar, en Chile la anarquía fue reducida, puesto que el mestizaje se había producido en forma distinta: la menor presencia del componente indígena y negroide determinó el temple moderado y austero de los chilenos, razón por la cual el autor sostiene que, a diferencia de otros países con el mayor mestizaje, en Chile no se registraron casos de violencia ni sadismo. Como segundo, el país contó con Diego Portales, el arquetipo del césar americano, o como lo

llama el autor “el gendarme necesario”,⁸⁸ quien, con su determinación y astucia política, supo evadir la anarquía e instalar en Chile un marco político, jurídico e institucional ordenado y estable.

En 1971 fue publicado *El mito de Chile*,⁸⁹ el ensayo más importante de Ariel Peralta. La obra, que fue muy bien acogida por la crítica,⁹⁰ ofrece una nueva perspectiva al problema de la identidad nacional donde el autor aborda el tema desde la óptica de un agudo científico. En realidad, el ensayo constituye un estudio multidisciplinario, donde los conocimientos y distintos métodos pertenecientes al ámbito de la historia, la sociología, la política, la economía, la literatura, las costumbres y el arte, se relatan con el rigor propio de un observador científico, pero al mismo tiempo con la amenidad propia de un literato.

Retomando la visión nacionalista antiliberal y antioligárquica expuesta en el libro anterior, Peralta vuelve a adentrarse en la problemática de la identidad chilena, inspirándose, en gran parte, en el pensamiento de los ensayistas de la Generación del Centenario. Sin embargo, el interés del autor está centrado esta vez en las perspectivas del país tras la era portaliana. A pesar de los sólidos pilares democráticos del país, el autor culpa a los liberales y la oligarquía de la decadencia moral, que en su opinión, es tan amplia que ya se ha perdido cualquier posibilidad de convertirse en una nación auténtica, capaz de ocupar un lugar importante en el continente. Alejándose de la idea arraigada en el imaginario de los ensayistas de la época de que haya sido el mestizaje racial la causa del subdesarrollo de Chile, Peralta afirma que fueron los defectos de sus habitantes - el derrotismo, la monotonía y el escepticismo del

⁸⁸ Ariel Peralta: *El cesarismo en América Latina*, Santiago, Editorial Orbe, 1966, p. 145.

⁸⁹ Una segunda edición del libro salió en 1999 con dos capítulos agregados - *Modernidad y Postmodernidad en el Chile de Hoy, Chile: ¿Una épica inconclusa?* y una *Introducción* - donde el autor mira en retrospectiva su obra y agrega una reflexión sobre por qué su libro no ha perdido vigencia y se pregunta por el futuro y por la identidad nacional chilena. Cfr. José Miguel Neira Cisternas: «Ariel Peralta, El mito de Chile», *Historia*, n. 34, 2001, http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-71942001003400014 (fecha de consulta: 3 mayo 2015).

⁹⁰ En su reseña del ensayo de Peralta, José Miguel Neira expresa su opinión (*Historia*, vol. 34, 2001) : «Esta obra continúa, a pesar de sus treinta años, y para sorpresa de su autor, plenamente vigente en sus aseveraciones, por lo que creemos debiera considerarse como un clásico de nuestra literatura ensayística y un referente ineludible para el diagnóstico de Chile ante el cercano bicentenario de nuestra Independencia». Asimismo, Javier Pinedo, en su estudio "La ensayística y el problema de la identidad. 1960-1988", reconoce que *El Mito de Chile* es «uno de los ensayos más sólidos sobre la identidad nacional por ser de los primeros que se dedicó con verticalidad al tema, tratando de ir más allá de las instituciones tradicionales». Cfr. Roberto Escobar: *El vuelo de los Búhos: visión personal de la actividad filosófica en Chile de 1810 a 2010*, Santiago, RIL editores, 2008, pp. 399-400.

chileno medio, así como el escapismo de las élites gobernantes, las causas que convirtieron a los chilenos en una «nación aletargada», sumergida en la «abulia mental».⁹¹

Otras causas que, en la opinión de Peralta provocaron la crisis en Chile, fueron la penetración de civilizaciones más fuertes, la falta de nacionalismo de la oligarquía, la ausencia del poder autoritario de inspiración portaliana⁹² y el liberalismo que estableció la dependencia con Europa y Estados Unidos. Si bien Chile al inicio se fue por el buen camino, evitando la anarquía y el caudillismo, a continuación, por la excesiva imitación de los modelos provenientes de Europa y de Estados Unidos, se transformó en un *mito*.

Al igual que el país, considera que el chileno surgido de la Independencia en el siglo XIX fue un ser admirable. Elogia su nervio y su deseo de éxito que lo motivaron a ir en búsqueda de la fortuna dentro y fuera de la patria. En cambio, en la actualidad, envuelto en un panorama político y social marcado por la falta del proteccionismo nacional, en el que prima la implantación de modelos extranjeros, el chileno también imita y no se atreve a arriesgar. La dependencia de modelos extranjeros constituye, en realidad, una especie de escudo protector detrás del cual se esconden los complejos de inferioridad del chileno, que por lo tanto, evita exteriorizar su verdadera personalidad, prefiriendo ocultarse o «apequeñarse».⁹³ Además, es interesante observar que el mismo afán por imitar los modelos políticos y económicos extranjeros se ve reflejado también en la arquitectura de la capital del país. Por ello, tras recorrer los barrios populares y los de la clase alta, Peralta concluye que Santiago es una ciudad monótona que carece de una arquitectura propia. Siguiendo la misma línea de pensamiento, el ensayista llega a la conclusión de que Chile es un país culturalmente falso. Puesto que el chileno, en vez de buscar su originalidad, se dedicó a implantar los modelos extranjeros, se transformó en el hijo «apócrifo de la cultura occidental».⁹⁴

⁹¹ Ariel Peralta: *El mito de Chile*, Santiago, Editorial Bogante, 1999, citado por Javier Pinedo «La ensayística y el problema de la identidad. 1960-1988» En: José Luis Gómez-Martínez y Javier Pinedo: *Chile: 1968-1988*, University of Georgia, USA, Series on Hispanic Thought, n. 22-25, 1988, pp. 231-264.

⁹² Peralta no escondía la admiración que profesaba por Diego Portales. Veía en este político la persona que le dio carácter y forma al Estado chileno: «[...] después del consabido proceso anárquico encontré en la figura de Diego Portales al atinado conductor, quien con mano férrea impondrá una orientación unipersonalista al gobierno chileno. [...] Chileno tuvo la suerte de contar con un individuo de temple, vigor y clara visión futurista, en los albores de su formación republicana; *el Ministro* a quien Encina ha calificado como uno de los políticos intuitivos más geniales que han aparecido en la historia universal, dejó una impronta que aún en los instantes que vivimos parece alumbrar con destellos que no se han consolidado». Ariel Peralta (1966), *op. cit.*, p. 17.

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ *Ibid.*

Finalmente, lo que propone Peralta es rechazar las posturas que aparecían en el horizonte político de entonces, que por ser modelos de gobierno extranjeros, han transformado a Chile en un "mito", para poder así libremente buscar la propia identidad que permita crear un país próspero y moderno.

En el ensayo *Chile: un mito y su ruptura* (1987), Jaime Valdivieso (1929-) desmitifica la imagen de Chile como el país más civilizado, el más democrata y el más europeo de América Latina. Señala que por debajo de una ideología democrático-republicana que se instauró gracias al mérito de Diego Portales, se esconde, en realidad, un sistema lleno de prejuicios con una larga tradición de represiones. Responsables de la creación y de la exitosa difusión de esta visión triunfalista y autosuficiente del país fueron las élites dominantes de Chile. Ya en la época colonial los inmigrantes europeos, mayoritariamente de origen vasco y castellano, se hicieron dueños de las tierras y del poder económico nacional chileno, formando de esta manera una casta cerrada que, desde entonces gobernaba el país siguiendo únicamente sus propios intereses. A raíz de la concentración del poder soberano en manos de la minoría, se moldeó el específico modo de ser del chileno, marcado por la desconfianza, la frustración, la inseguridad y sobre todo, por la inhibición en la expresión de los sentimientos. La oligarquía castellano-vasca, orgullosa no sólo de sus cualidades morales y profesionales, sino también de sus atributos físicos, impuso un sistema político y social, basado en el espíritu conservador, clasista y excluyente, marginando a todos los que no pertenecían a su misma clase.⁹⁵ La influencia de la oligarquía, aliada al comercio y al poder bancario, respaldada a la vez por la Iglesia Católica, determinó la situación económica en Chile. A causa de la soberanía de la oligarquía conservadora y feudal no pudo surgir una burguesía capitalista, vale decir, no hubo una clase burguesa moderna y activa, cuyas ideas progresistas y liberales pudieran impulsar en Chile el desarrollo económico e industrial. Subordinando todo a sus propios intereses materiales y sociales, la oligarquía chilena, profundizaba la estratificación social del país, creando un clima hostil en la sociedad. Los integrantes de la clase media, por estar expuestos a los abusos y al menosprecio de la clase dominante y con el fin de conseguir la posición que les fue negada, se volvieron arribistas, ávidos y faltos de escrúpulos. La población indígena,

⁹⁵ Valdivieso retoma la tesis del jesuita Olivares, que a mediados del siglo XVIII, hizo una encuesta de las familias nobles de Santiago. En tal ocasión Olivares enumeró 200 familias que eran dueños de la tierra y de la economía nacional. La forma de sus apellidos remite claramente a su origen vasco. Anota Valdivieso: «De esta manera se instaura una oligarquía orgullosa, tanto de sus atributos físicos (altos, blancos y fuertes), como morales; con capacidad de trabajo, de ahorro, de disciplina; despreciativa del indio, endógena, de mentalidad más allá de las doscientas familias que contabilizó el padre Olivares, familias destinadas por la "Divina Providencia" e manejar el país a su entera voluntad». Jaime Valdivieso, *op. cit.*, p. 16.

por otra parte, era considerada dañina para la sociedad, por ser portadora del pecado y del impulso.⁹⁶ Por esta razón Valdivieso concluye que el país que esconde un espíritu discriminatorio y racista no puede ser tomado como referente de la democracia para el resto de los países del continente. La democracia y la civilidad que se introdujeron con Portales y la Constitución del 1833, fueron, en realidad, “la República en Forma”;⁹⁷ se trataba de fenómenos existentes solamente en teoría, mientras que en práctica representaban formas de dictadura oligárquica, encubierta de una fuerte institucionalidad y estabilidad política. Toda la falsedad del sistema democrático se reveló con el Golpe Militar en 1973, cuando la identidad nacional fue bruscamente despojada de mistificaciones, revelando su verdadera naturaleza, individualista, excluyente e insolidaria.

A continuación, Valdivieso refuta también el mito del europeísmo chileno. La mejor prueba de su falsedad resultan las obras de los dos ganadores nacionales del Premio Nobel, Gabriela Mistral y Pablo Neruda que muestran precisamente lo contrario: se oponen a los cánones europeos de representación del mundo, presentando lo más genuino de la cultura latinoamericana. Mientras que Gabriela Mistral exalta la identidad americana, vinculada a la naturaleza, sus fuerzas cósmicas y ligada a sus raíces precolombinas e indígenas, Pablo Neruda pone hincapié en el mestizaje como símbolo de la singularidad cultural de Latinoamérica. Dado que en su obra se presentan fundamentos de la auténtica identidad chilena, Valdivieso considera importante rescatar el pensamiento y captar la esencia de lo nacional planteada por estos dos autores. Finalmente, es preciso adoptar y desarrollar una nueva actitud hacia el pasado, que supone el abandono de los mitos y la lucha contro el clasismo, dos principales factores que petrifican la sociedad chilena y mantienen estancado el progreso del país.

⁹⁶ Apunta Valdivieso: «Pero insistimos, esta actitud, no sólo evidencia un desprecio racionalizado [...], sino que entraña igualmente un miedo ancestral, mítico, religioso hacia el "Mal" representado en el indio, que conlleva la idea de lo pagano, del pecado, de los impulsos incontrolados de los instintos, tal como ocurre con los negros para el blanco en los Estados Unidos». Continúa con la tesis que era, en realidad, una variante de aquella pronunciada por el político y escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento respecto a los indios en Argentina: «"Habría que eliminar de Chile a todos los indios y rotos" y también: "Es necesario mejorar la raza, hay que traer suizos, alemanes, sajones."» *Ibid.*, p. 24.

⁹⁷ «“La República en Forma” de Portales, y luego la República Modelo de los liberales, no fueron sino formas de dictadura oligárquica encubierta, dentro de los marcos de una rigurosa institucionalidad, avalada por un gobierno fuerte, impersonal, garante del orden y la continuidad de una clase gobernante, así como de sus intereses agrarios, mineros y comerciales, pero dispuesta a reaccionar violentamente ante la menor amenaza por parte de un pueblo siempre indefenso, con el cual se cometían toda clase de abusos». *Ibid.*, p. 23.

3.2.6. Solución a la “crisis integral” de Jorge Ahumada

Entre los primeros autores que plantearon el problema del estancamiento de la sociedad chilena fue el economista Jorge Ahumada (1917-1965). A pesar de no formar parte de ningún partido político, en los ensayos de Ahumada se observa una directa influencia del programa político del Partido Demócrata Cristiano (PDC),⁹⁸ así como de las propuestas económicas de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL),⁹⁹ cuyo integrante fue el mismo Ahumada. De hecho, su libro *En vez de la miseria*, publicado en 1958 constituía, en realidad, el programa de apoyo a Eduardo Frei Montalva, candidato demócrata cristiano en las elecciones presidenciales del mismo año.¹⁰⁰

Aunque Jorge Ahumada partía del mismo presupuesto compartido por los demás ensayistas de la época que Chile estaba pasando por una “crisis integral”, su diagnóstico presentaba diferentes matices del problema. En su libro titulado *La crisis integral de Chile* (1966), el autor señalaba que la crisis afectaba todos los aspectos de la sociedad chilena, y de modo particular la esfera económica, sociopolítica y cultural. Si bien Chile era un país cuya cultura y economía estaban familiarizados con el concepto de modernidad, sus habitantes vivían al margen de la modernidad. Los síntomas del estancamiento económico eran evidentes: el bajo crecimiento económico, la inflación, la distribución desigual del ingreso y la creciente dependencia financiera internacional. De ahí que el autor sostuviera que Chile era un país “semifeudal”.¹⁰¹ En forma del diálogo con el público, Ahumada propone la necesidad de realizar un cambio estructural de la economía y legislación política con el fin de modernizar el

⁹⁸ El Partido Demócrata Cristiano (PDC) fue un partido de centro, moderno y multclasista fundado el 28 de julio de 1957. Basado en la tradición del catolicismo social y acogiendo la ideología del desarrollo económico de CEPAL, el partido se presentó como una alternativa al capitalismo y al socialismo, proponiendo la estrategia del “camino propio” o una “tercera vía” para solucionar la “crisis integral” de Chile. Cfr. Javier Pinedo: «Lo que estaba en el ambiente. Una lectura de *La crisis integral de Chile* de Jorge Ahumada, y su relación con el pensamiento de los años 60, en Chile», *Universum*, Universidad de Talca, n. 18, 2003, p. 149.

⁹⁹ La Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL) fue una organización fundada en 1947 en Santiago con el propósito de impulsar al desarrollo económico de los países latinoamericanos. Para llevar a cabo este proyecto, la CEPAL reunió un equipo de intelectuales y economistas, entre los cuales sobresalió Jorge Ahumada. Cfr. *Ibid.*

¹⁰⁰ Ricardo Yocelvezky, el profesor del Departamento de Política y Cultura en la Universidad Autónoma de México-Xochimilco, señala que *En vez de la miseria* puede «ser considerado como el primer borrado del plan de desarrollo económico propuesto en 1964 por los demócratacristianos». Con respecto al pensamiento “desarrollista” de Ahumada, Yocelvezky afirma que el libro contiene «el primer plan de desarrollo económico basado en la ideología de la CEPAL». Ricardo Yocelvezky: *La democracia cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei (1954-1970)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1986, p. 106; citado por *Ibid.*, p. 150.

¹⁰¹ Jorge Ahumada: *La crisis integral de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1966, p. 22.

capitalismo, reemplazar la miseria por la prosperidad, aumentar las exportaciones e insertar el país en el panorama internacional, para conseguir, así, su transición hacia un país moderno.

Al igual que la gran parte de los ensayistas de la época, Ahumada analiza el tema del carácter abúlico del ser chileno, pero lo hace desde una óptica distinta, buscando las raíces de este rasgo identitario en los asuntos de índole política y económica. Afirma que la excesiva concentración del poder y de la riqueza en manos de la oligarquía lleva a la “abulia” y al “ostracismo psicológico” la mayoría de los chilenos que carecen de poder.¹⁰² Asimismo, la desigual distribución del poder y de las riquezas revela la falta de solidaridad de los chilenos, que, en la opinión de Ahumada, es una condición imprescindible para solucionar la crisis. Por esta razón, hace falta reforzar el apego sentimental a la nación, que es el único que puede crear soluciones comunes que vayan del beneficio personal al bien común, y de esta forma, fomentar la solidaridad entre los chilenos.¹⁰³

En el camino hacia la modernidad se interpone también la incapacidad de los chilenos de mirarse con exactitud. Se trata de un defecto grave, puesto que los chilenos, por tener una visión distorsionada de la realidad, son incapaces de identificar los verdaderos problemas que aquejan a su país. Por ello, su mención a los psicólogos sociales, parece apuntar a una sociedad psicológicamente “enferma”, además de atrasada política y económicamente.¹⁰⁴ Ahumada estaba convencido de que para alcanzar la modernidad había que movilizar y concienciar a los chilenos, es decir hacerlos comprender los orígenes y las soluciones de los problemas del país para conseguir el bien de todos. En una sociedad cuyos miembros piensan únicamente en su propio provecho individual, será muy difícil superar los conflictos internos y vencer el subdesarrollo. Ahumada opta por la adopción de la “tercera vía”, es decir una vía que buscó desmarcarse del socialismo tradicional al plantear un camino pragmático que reconciliara objetivos antagónicos como la justicia social y la efectividad económica,

¹⁰² «En efecto, la concentración excesiva del poder conduce a que los poderosos obtengan una proporción del esfuerzo colectivo que es exagerada en relación a su contribución y conduce a quienes carecen de poder a la abulia y ostracismo psicológico. Estos dos efectos son los remaches que cierran el círculo vicioso de la pobreza y la ignorancia». *Ibid.*, pp. 21-22.

¹⁰³ Enfatizando la importancia de la solidaridad, Ahumada hace referencia a las prácticas políticas propias de la izquierda: «Eso es lo que hace el nacionalismo; crear metas colectivas comunes capaces de movilizar el esfuerzo colectivo. Por eso es que Fidel Castro habla tanto. Él trata de crear la solidaridad nacional y para eso emplea todos los recursos psicológicos de que pueda echar mano; desde el odio hacia los Estados Unidos, hasta los concursos para cortadores de caña». *Ibid.*, p. 25.

¹⁰⁴ Anota Ahumada: «Hay demasiadas versiones deformadas de nuestra realidad, hay falta de una proyección nacional para el futuro, hay muy poco de lo que los psicólogos sociales llaman orientación hacia el grupo». *Ibid.*, p. 30.

acercándose, de esta manera, al programa político de la Democracia cristiana.¹⁰⁵ La “tercera vía” que proponen tanto Ahumada como la Democracia Cristiana debería consistir en lo que el autor denomina la “revolución en libertad”.¹⁰⁶ Ello significa llevar a cabo profundos cambios sociales y económicos, sin necesidad de recurrir a la violencia política, contribuyendo a la creación de una burguesía nacional progresista, productora e impulsora de una economía dinámica. Según Ahumada, en Chile era posible realizar la “revolución en libertad” sin recurrir a modelos revolucionarios y las dictaduras militares propias de la realidad política de los países latinoamericanos, debido a que Chile poseía la madurez cívica y la estabilidad política.¹⁰⁷

Las soluciones de Ahumada tuvieron un gran impacto; de hecho, muchas de sus propuestas serían recuperadas más tarde por diversas corrientes políticas y pensadores chilenos.¹⁰⁸ Sin embargo, lo que daba originalidad al proyecto de Ahumada fue la certeza de que Chile podría incorporarse a los circuitos económicos de los países desarrollados, visto que las causas de su atraso no se debían a las características intrínsecas de sus habitantes o al medio natural y geográfico, sino a las circunstancias históricas y sociales que, una vez conseguido el consenso nacional, podrían superarse.

¹⁰⁵ Pinedo afirma que el proyecto de Ahumada para el desarrollo en Chile parece, en realidad, el programa político de la Democracia cristiana y de su candidato presidencial Eduardo Frei Montalva. Cfr. Javier Pinedo (2003), *op. cit.*, p. 165.

¹⁰⁶ Cfr. Ahumada, *op. cit.*, pp. 34-44.

¹⁰⁷ Ahumada se muestra optimista con respecto al desarrollo económico de Chile: «Nosotros sabemos que lo podemos movilizar para construir escuelas, para combatir la inflación, para mejorar la comunidad, para plantar árboles y organizar coros, para proteger a la infancia y para cumplir los millones de tareas que hay que cumplir en este país, incluso para la tarea de mantener vivo el espíritu de la revolución». *Ibid.*, p. 44.

¹⁰⁸ Salvador Allende (1908-1973), político socialista chileno, presidente de Chile (1970-1973) recogería varios puntos del programa de Ahumada, sobre todo la concepción que era posible realizar los cambios estructurales (una mayor participación de la clase obrera y campesina, la reforma agraria, defensa de la industria nacional) dentro del sistema legal vigente. Asimismo, los economistas de la Pontificia Universidad Católica, creadores del proyecto económico de Pinochet coincidían con Ahumada, en su política de modernización monetaria, a través de la restricción del gasto del Estado, del aumento de las exportaciones, bajar los aranceles, integrar a Chile a los circuitos económicos internacionales. El hecho de que las dos principales y opuestas corrientes políticas estuvieran influenciadas por el pensamiento del mismo autor, demuestra la universalidad del proyecto de Ahumada. Cfr. Javier Pinedo (2003), *op. cit.*, pp. 168-169.

4. Conclusión

La producción ensayística chilena del siglo XX gira en torno a dos ejes centrales que se alternan. El primero es la búsqueda identitaria que consiste en la reivindicación de lo propio y autóctono del ser chileno. El segundo es el afán modernizador que se manifiesta en la adopción de modelos económicos, políticos y sociales, que, por un lado, sean capaces de superar las deficiencias observadas en el pasado y el presente, y, por otro, contribuyan a fortalecer las perspectivas del desarrollo y del progreso.

En el siglo XIX, pese a una serie de guerras internas y externas, la dirigente clase criolla chilena logró consolidar uno de los estados nacionales más poderosos de América Latina. Sin embargo, las celebraciones del primer centenario de la Independencia (1910) escondían una doble realidad nacional. El país que había emprendido el proyecto de modernización, logrando una notable bonanza económica y estabilidad política, manifestaba los síntomas de lo que los ensayistas del centenario llamaban la crisis social y moral. Estos ensayistas, cuyo pensamiento fue marcado por un fervoroso nacionalismo y una común preocupación por el destino nacional, realizan un examen crítico de la sociedad chilena de comienzos del siglo XX. Antonio Encina, Alejandro Venegas, Enrique Mac-Iver, Luis Emilio Recabarren advierten en sus ensayos que la notable prosperidad experimentada por el país tras la Independencia que favoreció únicamente a los integrantes de la clase alta, iba paralela con la cada vez más acentuada polarización de la sociedad. En efecto, la gran desigualdad social, el poder soberano de la clase oligárquica, la miseria de los sectores populares, la ausencia de las grandes figuras políticas e intelectuales comparables a las del pasado, la proliferación de mortíferas enfermedades y epidemias, las altas tasas de mortalidad, la expansión del alcoholismo y la prostitución, así como el surgimiento de huelgas y movimientos obreros, fueron indicios de que una parte del país se mantenía al margen de los procesos de modernización.

Las obras de los ensayistas de la segunda mitad del siglo ofrecían similitudes fundamentales con la situación imperante en el Centenario. A pesar del discurso oficial que asumía y difundía la visión surgida desde los primeros años de organización republicana con la que Chile se veía a sí mismo como una nación que progresivamente se dirigía hacia el desarrollo, los ensayistas abarcados por este trabajo ponían en evidencia el hecho de que en Chile se

vivía una crisis propia de un país que todavía no había terminado su formación. Pese a las peculiaridades de cada uno de sus diagnósticos, los ensayistas coincidían en considerar que fue del mestizaje racial del que se derivaban los demás factores que obstaculizaban la modernidad en Chile. La falta de coherencia identitaria dio origen al distanciamiento entre la alta clase social, en cuyas manos estuvo concentrado el poder económico y político, y los amplios estratos populares, sumidos en la pobreza, la marginación y la ignorancia. La rigidez de la jerarquía social, basada en el poder económico y no en el desempeño individual, moledeaba el específico modo de ser de los chilenos: la clase alta, segura de su poder y estatus privilegiado, se mostraba indiferente ante los problemas de los sectores populares, a los que en vez de educar y empujar para adelante, trataba con desdén y menosprecio. Por esta razón, los autores como Benjamín Subercaseaux, Ariel Peralta, Jorge Ahumada y Jaime Valdivieso consideraban la inamovilidad de la estructura social la verdadera causante de la abulia, la desconfianza y el apocamiento, rasgos, que en la opinión de los ensayistas, figuraban entre los más destacados del carácter de los chilenos.

Las soluciones que proponían los ensayistas para solucionar la crisis eran diferentes. Si por un lado, Horacio Serrano, Hernán Díaz Arrieta y Ariel Peralta veían en el modelo político autoritario y nacionalista de Diego Portales los requisitos necesarios para preparar el país para el combate con la modernidad, por el otro, Jaime Valdivieso partía del presupuesto de que había que redefinir por completo la identidad nacional, vale decir, deshacerse de los mitos del pasado que creaban una imagen distorsionada de la realidad. A diferencia de las sombrías perspectivas de Benjamín Subercaseaux, que encontraba las causas del malestar nacional en la accidentada geografía del país, así como en las numerosas limitaciones caracteriales del chileno, la visión del futuro nacional en los análisis de Luis Oyarzún, Raúl Silva Castro y Jorge Ahumada adquiría tonos de mayor optimismo. Así, Oyarzún entendía la confluencia de distintas culturas y tradiciones propia de la identidad chilena como una ventaja que permitía al país integrarse con más facilidad a las corrientes modernas del mundo desarrollado. En cambio, Silva Castro y Ahumada eran partidarios de llevar a cabo profundos cambios estructurales. Mientras que Silva Castro insistía en la urgencia de la educación y preparación de los sectores populares como la única manera para atenuar las maracadas diferencias entre las clases socioeconómicas chilenas, Ahumada proponía la “revolución en libertad”, es decir la realización de cambios sociales y económicos que contribuyesen a la consolidación de una burguesía progresista, capaz de impulsar el progreso y la modernidad.

En suma, la crisis evidenciada tanto por los ensayistas del Centenario como por los de la segunda mitad del siglo XX, mostrando la flaqueza de la modernidad en Chile, surgía como consecuencia de una identidad nacional conflictiva y una sociedad profundamente polarizada. De este modo, el estudio de la obra de los más importantes ensayistas contemporáneos chilenos ha revelado que la marginación de la mayoría de la población, así como el sesgo elitista y excluyente de la minoría dirigente ha constituido un serio obstáculo a la cohesión social y la creación de una sociedad participativa e inclusiva, condiciones indispensables para alcanzar la modernidad en Chile.

5. Bibliografía:

1. Ahumada, Jorge: *La crisis integral de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1966.
2. Álvarez Pastene, Manuel: «Centenario en Chile: Una época escrita desde la modernidad», *Revista Sociedad y Equidad*, Universidad de Chile, n. 2, 2011, pp. 227-244.
3. Anderson, Benedict: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993.
4. Aránguiz Pinto, Santiago: «Historia de las ideas y la cultura en Chile. El Centenario y las vanguardias (Tomo III)», *Universum*, Universidad de Talca, n. 21, 2006, pp. 251-257.
5. Calderón, Alfonso: «Benjamín Subercaseaux y una lectura de Chile», *El Mensaje*, Santiago, n. 320, julio de 1983, pp. 350-354.
6. Canihuante Toro, Gustavo: *Historia viva de Chile*, Santiago, Pehuén Editores, 1999.
7. Castro Morales, Belén: «El ensayo hispanoamericano del siglo XX. Un panorama posible», En: Trinidad Barrera (coord.) *Historia de la Literatura Hispanoamericana III, Del romanticismo al regionalismo*, Madrid, Cátedra, 2008, pp. 805-852.
8. Cruz Rodríguez, Edwin: «Pensamiento de Simón Bolívar y Domingo Faustino Sarmiento», *Investigium Ire: Ciencias Sociales y Humanas*, Institución Universitaria CESMAG, vol. 4, n. 1, noviembre de 2013, pp. 180-196.
9. Dümmer Scheel, Sylvia: «Los desafíos de escenificar el “alma nacional”. Chile en la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929)», *Historia Crítica*, Universidad de los Andes, (Bogotá, Colombia), n. 42, septiembre-diciembre 2010, pp. 84-111.
10. Ercilla de, Alonso: *La Araucana*, Madrid, Cátedra, 2005.

11. Escobar, Roberto: *El vuelo de los Búhos: visión personal de la actividad filosófica en Chile de 1810 a 2010*, Santiago, RIL editores, 2008.
12. Fuentes, Carlos: *Valioso mundo nuevo: Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, Madrid, Narrativa Mondadori, 1990.
13. Gazmuri, Cristián: *Historia de Chile 1891-1994, Política, economía, sociedad, cultura, vida privada, episodios*, Santiago, RIL editores, 2012.
14. Godoy, Hernán: *El carácter chileno*, Santiago, Editorial Universitaria, 1976.
15. Larraín, Jorge: «La trayectoria Latinoamericana a la Modernidad», *Estudios Públicos*, Centro de Estudios Públicos, n. 66, otoño 1997, pp. 313-333.
16. Larraín, Jorge: *Identidad chilena*, Santiago, LOM ediciones, 2001.
17. Larraín, Jorge: *¿América Latina moderna?*, Santiago, LOM ediciones, 2005.
18. Larraín, Jorge: «Identidad chilena y el bicentenario», *Estudios públicos*, Centro de Estudios Públicos, n. 120, primavera 2010, pp. 5-30.
19. Löwy, Michael: *El marxismo en América Latina: antología, desde 1909 hasta nuestros días*, Santiago, LOM Ediciones, 2007.
20. Manrique Gómez, Marta: *Recepción político-literaria de Calderón: de la querrela calderoniana a Menéndez Pelayo y sus discípulos*, Montreal, Department of Hispanic Studies, McGill University, 2009.
21. Marichal, Juan: *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984.
22. Martí, José: *Nuestra América*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2005.

23. Neira Cisternas, José Miguel: «Ariel Peralta, El mito de Chile», *Historia*, n. 34, 2001, http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-71942001003400014 (fecha de consulta: 3 mayo 2015).
24. Ortega, Luis: «Los límites de la modernización en Chile. Siglos XIX y XX», *Problemas históricos de la modernidad en Chile contemporáneo*, Ediciones SUR, n. 24, agosto 1994, pp. 33-46.
25. Oviedo, José Miguel: *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Madrid, Alianza, 1998.
26. Oyarzún, Luis: *Temas de la cultura chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1967.
27. Oyarzún Luis: *Diario íntimo*, Santiago, Departamento de Estudios Humanísticos, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile, 1995.
28. Oyarzún, Luis: *Taken for a Ride*, Santiago, Editores RIL, 2005.
29. Palacios, Nicolás: *La Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, Tomo I, Santiago, Editorial chilena, 1918.
30. Paz, Octavio: *Ideas y costumbres I*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1995.
31. Peralta, Ariel: *El cesarismo en América Latina*, Santiago, Editorial Orbe, 1966.
32. Pérez Villalón, Fernando: «El “Diario íntimo” de Luis Oyarzún: una lectura», *Revista Chilena de Literatura*, Universidad de Chile, n. 55, noviembre 1999, pp. 103-128.
33. Pinedo, Javier: «La ensayística y el problema de la identidad. 1960-1988» En: José Luis Gómez-Martínez y Javier Pinedo: *Chile: 1968-1988*, University of Georgia, USA, Series on Hispanic Thought, n. 22-25, 1988, pp. 231-264.

34. Pinedo, Javier: «Chile a fines del siglo XX: entre la modernidad, la modernización y la identidad», *Universum*, Universidad de Talca, n. 12, 1997, pp. 141-180, <http://universum.otalca.cl/contenido/index-97/pinedo.html> (fecha de consulta: 15 mayo 2015)
35. Pinedo, Javier: «Lo que estaba en el ambiente. Una lectura de *La crisis integral de Chile* de Jorge Ahumada, y su relación con el pensamiento de los años 60, en Chile», *Universum*, Universidad de Talca, n. 18, 2003, pp. 147-172.
36. Pinedo, Javier: «El pensamiento de los ensayistas y científicos sociales en los largos años 60 en Chile (1958-1973). Los herederos de Francisco A. Encina», *Atenea*, Editorial Universidad de Concepción, n. 492, 2005, pp. 69-120.
37. Pinedo, Javier: «Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el Centenario: 1900-1925», *América sin nombre*, Universidad de Alicante. Unidad de Investigación “Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano”, n. 16, 2011, pp. 29-40.
38. Reyna, José Luis (compilador): *América Latina a fines de siglo*, México, D. F., Fondo de cultura económica, 1995.
39. Rojas Mix, Miguel: «La cultura hispanoamericana del siglo XIX» En: Luis Íñigo Madrigal (coord.): *Historia de la literatura hispanoamericana II, Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 55-74.
40. Serrano, Horacio: *¿Por qué somos pobres?*, Santiago, Editorial Universitaria, 1958.
41. Silva Castro, Raúl: *Ideas y confesiones de Portales*, Santiago, Editorial del Pacífico S. A., 1954.
42. Silva Castro, Raúl: *Estampas y ensayos*, México D. F, Fondo de cultura económica, 1968.
43. Soto García, Pamela: «El inicio de la historia de las ideas en Chile. Una mirada al conflicto entre identidad y modernización desde su Independencia». Ponencia Mendoza, UNCuyo
FCPyS.

http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/610/SotoGarcia_pon_iniciodelahist.pdf (fecha de consulta 27 mayo 2015)

44. Subercaseaux, Benjamín: *Chile o una loca geografía*, Santiago, Editorial Universitaria, 2005.

45. Tienken, Arturo: «Chile en la obra de Benjamín Subercaseaux», en *Literatura chilena, creación y crítica*, Ediciones de la frontera, n. 1, enero/marzo/invierno/1987, pp. 6-10.

46. Urbistondo, Vicente: *El naturalismo en la Novela Chilena*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1966.

47. Valdivieso, Jaime: *Chile: un mito y su ruptura*, Santiago, Ediciones Literatura americana reunida, 1987.

48. Veliz, Claudio: *La tradición centralista de América Latina*, Barcelona, Ariel, 1984.

49. Venegas, Alejandro: *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, Santiago, Editorial Universitaria, 1910.

50. Yáñez Andrade, Juan Carlos: *La intervención social en Chile y el nacimiento de la sociedad salarial: 1907-1932*, Santiago, RIL editores, 2008.

51. Zea, Leopoldo: *Filosofía y cultura latinoamericanas*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1976.